ESPACIO · El mundo FUTURO

clark carrados · LOS SUPER-ROBOTS



Los Super-Robots
Clark Carrados

Espacio el Mundo Futuro/414

I

Tuvimos que esperar unos minutos antes de que se disipara el humo y el polvo levantado por el aterrizaje en torno a mi nave «Miss X».

Ya habíamos visto algo del planeta desde el aire, pero estábamos demasiado ocupados con la maniobra de tomar tierra para fijarnos demasiado en los detalles. Por fin, cuando la atmósfera se aclaró en torno a nosotros, pudimos contemplar un panorama esplendoroso.

«Pecos», el miembro más joven de la tripulación, lanzó un penetrante grito:

—¡Es el Paraíso!

Probablemente, no le faltaba razón.

Césped verde, flores multicolores, árboles, lejanas y redondeadas colinas y, más lejos todavía, fundiéndose con la distancia, una cordillera cubierta de nieve en los picos más altos; nubes blancas en el cielo, árboles y, a poca distancia, un anchuroso y manso río de quietas corrientes. Esto era lo que divisábamos desde las portillas de «Miss X».

Lo único que no veíamos era ciudades.

Rufe, el segundo de a bordo, hombre conocido sobre todo por su sentido práctico, dijo:

—¿Y a quién vamos a vender nuestro cargamento? ¿Qué vamos a obtener a cambio?

Porque mi nave, en la cual los tripulantes tenían invertidos parte de sus ahorros, se dedicaba al tráfico interestelar.

«Miss X» tenía las bodegas abarrotadas de los géneros más diversos: armas, telas, alimentos, herramientas, máquinas, instrumentos de precisión, vinos... hasta un par de motores hiperlumínicos tipo «Gorin-III» habíamos conseguido estibar.

Alguna vez, un capitán de astronave se encontraría en un apuro y nos compraría un «Gorin-III». Lo pagaría, vaya que si lo pagaría.

Rufe no le rebajaría ni un centésimo de «solar», la moneda de la Galaxia, si el capitán en apuros quería un «Gorin-III». Y si no tenía dinero para pagar en dinero contante...

Bien, había un tipo, Jules Darrywale, capitán de la «Lolita», que estaría trabajando cinco años para nosotros. Bueno, quiero decir que el doce por ciento de sus beneficios era depositado escrupulosamente cada año en la cuenta que la «Miss X» tenía en el Banco General de la Galaxia. Y, créanme, el doce por ciento de los beneficios de una astronave comercial es una suma de «quítese el sombrero; la cosa lo merece».

O podíamos colocar uno de aquellos motores a una ciudad de colonizadores. Empleado al mínimo de potencia, un «Gorin-III» podía servir como central eléctrica. Podía alimentar de energía a una ciudad de cincuenta mil habitantes durante diez años, antes de soñar en una revisión y en reponer el combustible consumido.

Pero allí, en el planeta-paraíso, no se veían ciudades, ni seres vivos.

Me equivocaba. Había seres vivos.

Los vimos minutos después. Iván, el navegante, preguntó:

—¿Desembarcamos, patrón? La atmósfera es tipo Tierra.

—Tengo ganas de darme un baño en ese río —propuso Emilio, el de comunicaciones.

Yo también. La vista de la anchurosa corriente me devolvía a mi infancia cuando, libre de preocupaciones, me escapaba al río en los veranos.

Álamos frondosos y susurrantes, césped fresco y de eterno verdor, aguas quietas y acariciantes... allí lo teníamos, delante de los ojos.

—Está bien —accedí al cabo—. Pero con dos condiciones.

—Se aceptan —gritó «Pecos» entusiasmado.

—Una: alguien tiene que quedarse en la nave.

Richard «el Melancólico» levantó su mano.

—Yo, jefe —se ofreció voluntario.

«El Melancólico» se acordaba de su hermosa novia, que le aguardaba en Kayaff, 4.º Sistema de Alcyon. Cuando terminásemos el viaje, la «Miss X» habría perdido un tripulante y Kayaff adquiriría

un ciudadano más. La chica, desde luego, se lo merecía.

—¿Cuál es la otra condición? —preguntó Iván.

—Armas. Es un paraíso..., pero sólo a primera vista. Acordaos de Generad.

Hubo un estremecimiento general. En Generad habíamos salvado la vida por milagro. Parecía desierto y propicio a la colonización... pero aparecieron los artrópodos gigantes y lo pasamos muy mal. Uno se quedó allí, destrozado por aquellos seres repugnantes, cuyas pinzas aserradas mordían el durísimo metal de la «Miss X» como si fuese madera de pino.

Menos mal que abrasamos a unos cuantos centenares al despegar. Ello nos consoló, aunque en muy pequeña parte, de la falta de Oliver, un chico resuelto y valeroso. Durante mucho tiempo, continuamos oyendo los chillidos de horror que emitía cuando las pinzas de aquellos monstruos le destrozaban.

—Conforme —dijo Matías, el gordo y jovial cocinero de a bordo.

Además, era un experto en cartografía astronáutica. En este sentido, valía lo que pesaba: ciento veinte kilos antes de comer.

Preparamos las armas. Yo elegí una pistola vibratoria. Según la intensidad de la descarga, un hombre podía ser reducido a pulpa u obligado a bailar durante diez minutos. De todas formas, un disparo a baja tensión no tenía nada de agradable.

Se abrió la escotilla. Una bocanada de aire fresco y perfumado entró inmediatamente en la nave.

«Miss X» era un cacharro de los grandes. Desde la escotilla al suelo había muy bien sus sesenta metros. La gravedad del planeta-paraíso era normal, así que Richard sacó la cabria al exterior y una plataforma se encargó de bajarnos a los seis al suelo.

«Pecos» se revolcó por la hierba como un chiquillo a quien acaban de darle las vacaciones. Emilio tomó una flor y la olfateó con gesto arrobado.

—¡Al río, al río! —gritó Iván.

Estábamos hartos del agua depurada de la nave. Queríamos agua en estado natural, que no hubiera sido sometida a tratamientos químicos. Evitaba enfermedades, pero no parecía agua.

El río estaba a unos trescientos metros. Corrimos hacia allá.

De pronto, vimos algo que nos dejó estupefactos.

—¡Una lancha! —fue el grito común.

Seis personas cruzaban el río en el bote. Venían remando.

—¡Son mujeres! —aulló Emilio.

—¡Chicas, chicas! —berreó Matías.

Nos atropellamos en nuestra ansia por llegar a la orilla del río. Una vez allí, pudimos ver que todas eran jóvenes y hermosas.

—¡Qué maravilla! —dijo Rufe, con los ojos cerrados y las manos juntas.

Gritamos alegremente. Ellas contestaron agitando las manos.

Eran muy bonitas. A pesar de todo, sin saber por qué, sentí una especie de presentimiento. Algo me decía que las cosas acabarían por torcerse en aquel planeta.

El bote tocó la orilla. Casi hubo un motín al ayudarlas a saltar a tierra.

Ninguna era baja. La que menos, medía un metro y setenta centímetros.

Alargué la mano. Una mano rozó la mía. Unos ojos grandes, oscuros, me miraron a corta distancia.

—Me llamo Lyssis —dijo ella, con voz grave y profunda, pero acariciadora.

—Mi nombre es Clark —dije, cuando hubo pasado a tierra.

Cada uno había elegido ya su pareja. La mía, Lyssis, era muy alta, casi la que más de todas. Sus ojos llegaban casi al nivel de los míos... y yo mido un metro y ochenta y cinco centímetros.

El pelo... Unas veces parecía negro y otras rubio. Era de un color cambiante, según incidía en él la luz del sol de aquel planeta. La tez tenía un color blanco dorado, tersa y satinada. En cuanto a sus formas, no había más que pedir; era la perfección en anatomía femenina.

Lyssis vestía, como las demás, de una forma singular. Llevaba una especie de chaquetón largo, hasta medio muslo, sin mangas, hecho de un tejido dorado, semitransparente, lo cual dejaba al descubierto un par de brazos bien torneados. Debajo se veía el resto de la indumentaria, que no podía ser más simple: un sujetador de color azul claro y pantaloncitos del mismo color. Recordaba a los «dos piezas» de baño, algo más discreto, aunque no por ello menos atractivo.

Sus pies estaban calzados con unas sandalias suaves, planas, sin tacón. Esto era todo lo que llevaba: ni una joya, ni un dije, ni

pendientes ni anillos de ninguna clase. Incluso le faltaba un reloj de pulsera.

Lyssis sonrió.

—Bienvenido a R, Clark —dijo.

Los otros se habían ido por entre los árboles, cada cual con su pareja. Lyssis y yo estábamos solos, frente a frente.

—¿R? —pregunté, extrañado.

—Sí, ése es el nombre del planeta —contestó ella.

—¿Sólo una letra?

—Es bastante, Clark. —Lyssis tomó una de mis manos—. Ven, vamos a sentarnos a la sombra de aquel árbol.

Fui con ella.

* * *

Me enamoré de Lyssis como un colegial.

Supongo que a los demás les pasó lo mismo con sus respectivas parejas. Un astronauta que se dedica al comercio, normalmente es soltero. La vida de traficante del espacio es muy ajetreada y no permite formar un hogar.

Aquellas chicas eran dulces, suaves, cariñosas. No se parecían en nada a las damas alegres que nos encontrábamos en los barrios de diversión contiguos a los astropuertos. Era lógico que cada uno de nosotros se sintiera atraído por su pareja.

A pesar de todo, yo seguía en mis trece: R no era el paraíso que aparentaba.

Me enamoré de Lyssis, sí; y creo que ella se enamoró también de mí, pero, cosa rara, no me permitió jamás que la abrazara. Cierto que la besé, pero cada vez que mis manos buscaban su cintura, ella hacía que se las pusiera en los hombros.

Además, no había ninguna señal de ciudad cercana. Lyssis se mostraba sumamente reticente al respecto.

Por las noches, tomaban su lancha y se retiraban. Nunca permitieron que pasáramos al otro lado del río.

Iván quiso hacerlo y se lo prohibí.

—Cuando ellas quieren que permanezcamos a esta parte de la orilla, sus razones tendrán.

—Y sus padres también —refunfuñó Iván, que era un poco

anticuado—. Quiero conocerles para pedir la mano de Nera.

—Hay que tener paciencia —dije—. Esto que ocurre no es normal. Esas chicas viven en alguna parte y su forma de comportarse, pese a su amabilidad, no es normal,

—Si de mí dependiera —refunfuñó Richard «el Melancólico»—, zarparíamos ahora mismo.

—Si hay una ciudad aquí, merece la pena que nos quedemos para investigar sus posibilidades de mercado —opinó Rufe, el hombre práctico de la «Miss X».

Llevábamos ya una semana. Todos los días se había desarrollado el mismo programa: llegada de las chicas a media mañana, pasar el día juntos, por parejas, y despedida al atardecer.

Las veíamos caminar por el otro lado hasta que las sombras de la noche las hacían desaparecer de nuestra vista. Nunca dijeron adonde iban ni de dónde procedían.

—Aguardaremos otra semana más —dije, cortando toda posible discusión al respecto—. Si pasado este tiempo seguimos igual, abandonaremos R.

—Yo me llevaré a Nera —declaró Iván obstinadamente—. Tengo derecho a transportarla en la «Miss X» durante un viaje. Luego me licenciaré y me estableceré en Mannigar.

—Muy bien, de acuerdo. Pero esperarás una semana.

—Sí —admitió Iván.

Aquella noche, en la soledad de mi camarote, decidí que al día siguiente resolvería de una vez el enigma que tanto me preocupaba.

R parecía un paraíso... pero ¿no eran aquellas seis chicas otras tantas Evas dispuestas a perdernos?

Aún había otra pregunta que me preocupaba más todavía. Habíamos desembarcado seis y aparecieron seis chicas. Richard no había abandonado la «Miss X» un solo instante y, para él, no había habido séptima muchacha.

¿Por qué?

II

Fueron puntuales, como siempre.

Aparecieron a lo lejos, subieron a las colinas, cruzaron las

vaguadas, llegaron al río y embarcaron en la lancha.

A las diez de la mañana, Lyssis y yo nos alejábamos agarrados del brazo bajo los árboles.

Poco después, nos sentábamos al pie de un álamo de gran tamaño. Lyssis vestía de la forma acostumbrada.

Si me estaba engañando... ¿por qué me miraba tan dulcemente?

—Lyssis, ¿me amas? —pregunté de repente,

—¿Puedes dudarlo? —respondió ella.

—Dudo de muchas cosas —declaré sin ambages,

—Habla —me pidió.

—No sabemos de dónde venís, ni en qué ciudad vivís. Tu planeta tiene sólo una inicial como nombre. ¿Por qué no eres franca y me explicas todo de una vez?

Me pareció ver que sus ojos se humedecían. Súbitamente, se puso en pie.

Se había despojado del chaquetón y creí que iba a lanzarse al río para bañarse, pero no fue así, sino que se detuvo a cuatro pasos de la orilla, contemplando pensativamente el manso fluir de la corriente.

Me acerqué a ella y le puse las manos sobre los hombros.

—Lyssis, ¿serías capaz de venirte conmigo, si yo te lo pidiera? —pregunté.

Ella guardó silencio. Hice que se volviera frente a mí.

—Contéstame —dije, casi exigiéndole una respuesta.

Sus grandes ojos me contemplaron con fijeza durante un largo segundo. Luego, de pronto, dijo:

—Clark, abandonad R cuanto antes. Marchaos, marchaos, antes de que sea demasiado tarde.

Aquellas palabras me hicieron intuir un grave peligro.

R no era lo que parecía a simple vista. Yo hubiera preferido enfrentarme con los artrópodos gigantes de Generad, antes que con aquel horrible y presentido peligro, no definido todavía.

—Está bien, nos iremos —accedí.

Cuando un planeta, aunque no lo parezca, es peligroso, el sentido común indica que se ha de abandonar cuanto antes. R no iba a constituir una excepción en las normas de la «Miss X» y su tripulación.

—Pero vendrás conmigo —dije—. Iván quiere llevarse también a

Nera. Matías no se irá sin Alioea. Emilio...

Los ojos de Lyssis se llenaron de horror.

—Clark, antes te mentí cuando dije que te amaba. No puedo amar a ningún humano.

—¿Cómo? —exclamé, aturdido.

—Ahora lo sabrás —contestó.

Sus manos se dirigieron a la parte anterior de su cuerpo, bajo el seno izquierdo. Con mirada estupefacta, pude ver que despegaba un trozo de piel, rectangular, de unos seis centímetros de largo por tres de ancho.

Debajo apareció una placa de metal brillante. Había números y letras grabados en la placa.

Como la marca de serie de una máquina... o la matrícula de un automóvil.

Levanté la vista y me enfrenté con sus ojos. Ella vio el espanto reflejado en mi cara.

—Sí, soy un robot —confirmó.

* * *

Aquella noche, en el comedor de la «Miss X» se produjo una violentísima discusión.

Iván no quería dar su brazo a torcer.

—¡Nera no es un robot! Usted trata de engañarme, capitán...

Procuré armarme de paciencia.

—¿Te ha dejado que la abraces? —pregunté.

—Cientos de veces, todas las que he querido —contestó Iván en tono desafiante—. ¿Es que usted no ha abrazado a Lyssis?

—Nunca me lo permitió —confesé, desconcertado,

Matías meneó la cabeza.

—¿Alioea un robot? Imposible, capitán —dijo—. Es toda una mujer, entienda bien lo que digo.

—Es probable que el capitán tenga razón —intervino Rufe—. La piel de mi Heili siempre me ha parecido un poco fría.

—Porque le falta el riego sanguíneo que existe en toda epidermis humana —dije—. Y, vuelvo a insistir: he visto el número de serie de fabricación de Lyssis.

—Eso explicaría el nombre de este planeta —dijo Richard.

—R de… Robotia —apuntó «Pecos».

—¿Un planeta habitado nada más que por robots? —exclamó Rufe,

—Y robots únicamente con figura de mujer —dijo Emilio.

—Pero, bueno, capitán —exclamó Rufe—, ¿por qué le dijo Lyssis que abandonáramos el planeta?

—No me dio ninguna explicación. He empleado todas las restantes horas del día en tratar de conseguirlo. Me he estrellado contra un muro de silencio —respondí.

Mis hombres me conocían bien. Alegre y jaranero como el que más, cuando llegaba la hora de ponerse serio, no les mentía nunca.

—Conozco robots que engañan a cualquiera —dijo Matías, moviendo la cabeza con pesar—, pero esto sobrepasa a cuanto he visto hasta ahora.

«Pecos» me apuntó con el índice.

—Capitán, ahora nos hemos enterado de que las chicas son unos robots. Pero ¿por qué sólo le han avisado a usted?

—No lo sé —respondí—. Sin embargo, una cosa hay clara: aquí no se puede comerciar. Y donde no se pueden comerciar, la «Miss X» y su tripulación pierden el tiempo.

»Muchachos, han sido unas vacaciones agradables, aunque el despertar no lo haya sido tanto. Nos hemos tostado al sol, hemos permanecido bajo una atmósfera agradable, nos hemos bañado en un río… y nos hemos divertido con unas chicas preciosas.

»Hay que considerar las cosas tal como son y no como quisiéramos que fuesen —concluí—. A un hombre se le pone una armadura y se convierte en un robot, pero a un robot no se le puede echar carne encima para convertirlo en un ser humano. Así que vamos a preparar todo para zarpar… y cuanto antes mejor.

—Imposible, capitán —me contradijo Iván, que era el navegante de a bordo.

—¿Por qué? —pregunté.

—Para zarpar, tengo que apuntar la nave a Beta de la Ballena. Y Beta no aparece en el horizonte hasta las cuatro y cincuenta y cinco de la madrugada, hora local.

Iván podría estar chiflado por Nera, pero era un navegante de los buenos.

—Entonces, zarparemos a las cinco en punto —decreté—.

¿Alguna objeción?

«Pecos», el benjamín de la tripulación, movió la cabeza.

—Ninguna, capitán. Dejaremos el planeta de las sirenas... —lanzó un profundo suspiro—. Tardaré mucho tiempo en olvidar a Sybba —confesó.

* * *

Dormía profundamente, cuando sentí que me sacudían con fuerza.

—Despierte, capitán. Vamos, despierte...

Había permanecido insomne largas horas. Al fin, conseguí dormirme con un profundo sueño. Por eso insistía tanto «el Melancólico».

Entreabrí los ojos,

—¿Qué sucede, Richard? —pregunté.

—Iván. Se ha marchado.

Me senté en el lecho de golpe, despierto de súbito.

—¿Estás seguro? —pregunté.

Richard me puso un papel delante de los ojos. Reconocí en el acto la letra de Iván.

Pueden marcharse sin mí, pero yo no me iré sin Nera. Voy a buscarla adonde sea.

Miré a Richard estupefacto.

—Ese chico se ha vuelto loco —casi grité.

—Chiflado —concordó «el Melancólico» con lúgubre acento.

—Loco por un robot —murmuré con gesto pensativo.

¿Era posible que la mente humana pudiera desvariar hasta tal punto?

Lo era. ¿Por qué, si no, sentía yo cierta punzante tristeza cada vez que me acordaba de Lyssis?

Pero no todos los espíritus son igual de fuertes y algunos sucumben donde otros resisten, por su mayor reciedumbre moral o, simplemente, por ser normales. Iván había sido débil con respecto a Nera... y había sucumbido.

—¿Quién más lo sabe, Richard? —pregunté de repente.

—Hasta ahora, nadie más que usted y yo, capitán. Los chicos están esperando que se les despierte para iniciar las operaciones preliminares del despegue. Son —consultó su reloj —, las cuatro y ocho minutos.

—Iván debía de haber avistado Beta de la Ballena a las cuatro y cincuenta y cinco minutos. ¿Cómo encontraste esa nota, Richard?

—Estaba en el puesto del tripulante de guardia. Puesto que Iván debía de hacer sus observaciones astronómicas para calcular la derrota, tomó el último turno de guardia. Yo hice el primero, pero me desperté antes de tiempo.

—Y viste el puesto de guardia desierto.

—En efecto.

Reflexioné unos momentos. No tardé en llegar a una conclusión.

—Richard, llama a todo el mundo —ordené—. Tenemos que establecer un plan para rescatar a Iván.

III

Los cinco rostros de mis tripulantes me miraban con suma atención cuando les reuní en el comedor para hablarles de la situación planteada por la inesperada deserción de Iván,

—Podríamos pasamos sin él —dije—. También yo sé manejar los instrumentos del piloto, pero no se trata de eso, sino de rescatar a un compañero.

—Estamos de acuerdo, capitán —contestó Rufe—, pero ¿quiere decir que se lo han llevado ellas?

—«Ellos» —corregí—. Son robots. Pero, si te sientes más tranquilo diciendo «ellas», piensa que son unas máquinas.

—Lo mismo da —terció el gordo Matías—. Usted tiene razón, capitán; hay que rescatar al muchacho.

—Y después darle un buen porrazo para que se le vaya de la cabeza su chifladura por Nera —añadió «Pecos».

—Vamos, no digas —rezongó Emilio—. Tú estabas que no dormías por tu Sybba.

—Sí, pero ya se me ha pasado. En cuanto supe que era un robot —contestó el benjamín de la tripulación.

—Bien, dejaos de discusiones —les apaciguó Rufe—. Capitán,

¿qué idea se le ha ocurrido?

—Iremos tres. Otros tres quedarán en la nave. Por supuesto, los que vayamos a buscar a Iván, iremos bien armados —contesté.

—Ah, va a ir usted —dijo Rufe.

—No es una nave militar ni oficial, sino mía —repuse—. Y una parte vuestra también. Por eso digo que iré yo.

—¿Y quiénes se quedarán? —preguntó «Pecos».

Miré uno por uno a los cinco hombres.

—Richard, a ti te espera tu novia —dije.

«El Melancólico» asintió en silencio.

—Matías, no te ofendas, pero estás demasiado gordo. Necesitamos hombres que no se ahoguen a los quinientos metros recorridos a pie —continué.

—Bien, capitán.

Sólo quedaba un puesto por cubrir en cada bando. Era preciso sopesar bien las posibilidades de Rufe y de Emilio, que eran los que faltaban por designar.

Rufe, el sensato, práctico y calculador del menor de sus movimientos. Emilio, frío y sereno, pero acometedor en el momento preciso.

—Si los tres que vamos a salir no volvemos, se necesita que alguien saque la nave y la lleve al próximo astropuerto. Yo no tengo herederos, pero «Pecos» vive con sus padres en Srinore. Y Emilio tiene hermanos, ¿no es así?

Los dos nombrados asintieron.

—Mi parte sería para los supervivientes —añadí—. Rufe, tú te encargarás de llevar la «Miss X» a buen puerto. Envía su parte a los familiares de Emilio y de «Pecos».

—Cuenten con ello —respondió Rufe—. Si no vuelven, claro,

—Iván también es solo en este mundo —observé—. Creo que no se enojaría mucho si su parte engrosara la de los demás. ¡Pero me lo traeré, aunque sea arrastrándole de los cabellos! ¡Emilio, «Pecos», vamos, a preparar el equipo!

* * *

Llevábamos de todo en una compacta mochila colgada de la espalda. Fue la única vez en que Richard consintió en abandonar la

nave para ayudarnos a transportar la balsa de goma, que nos permitiría atravesar el río.

La lancha había desaparecido de modo misterioso. Eran las once de la mañana cuando iniciamos la partida.

—Si Iván está muerto, unas horas de retraso no le ayudarán en nada —había dicho yo, una vez se hubo tomado la decisión de intentar el rescate—. Pero creo que debemos esperar a que den las diez de la mañana, Si vienen las chic… bueno, los robots, les pediremos explicaciones.

Pero los robots no sólo no habían comparecido —solían ser matemáticamente puntuales—, sino que incluso no había el menor rastro de la lancha.

Cuando estábamos a punto de botar la balsa, alguien sugirió que Iván la había hundido para impedir que le siguiéramos.

—No —contradije—. Primero, Iván tuvo que atravesar el río a nado. Recordad que la lancha se quedaba siempre amarrada en la orilla opuesta. Y, segundo, él se fue a buscar a Nera, no a quedarse en R con Nera.

Lanzamos la balsa aguas arriba del lugar donde solían llegar las chicas. Así seguíamos denominándolas, pese a que ya sabíamos que eran robots.

Richard quedó en la orilla, hasta que hubimos cruzado el río, atracando justo en el lugar donde había estado la lancha. Todavía se veían huellas de su proa en las cañas y las hierbas de la orilla.

Me volví hacia Richard. El río tenía allí una anchura de casi cien metros. Richard agitó una mano. Yo le imité y luego le hice señas de que volviese a la «Miss X». Aquél era su puesto hasta que regresáramos.

El plazo máximo fijado era de una semana. Si pasado ese tiempo no habíamos llegado, Rufe haría despegar la «Miss X».

Apenas pisamos tierra firme en la ribera opuesta, di mi primera orden.

—Emilio, por la derecha. «Pecos», por la izquierda. Hay que buscar huellas de Iván, Recordad que va calzado de distinta manera que las chicas.

Los dos tripulantes se separaron en el acto. Caminamos unas decenas de metros, con la vista fija en el suelo, hasta que «Pecos» lanzó un grito.

Me volví hacia él. A sesenta metros, «Pecos» movía las manos, señalando el suelo. Emilio corría ya hacia mí.

Instantes después, vimos las huellas de las pisadas de Iván en la hierba. La mayoría de los tallos se habían enderezado, pero aún quedaba lo suficiente para poder seguir el rastro sin discusión.

—¿Adónde diablos pudo irse? —masculló Emilio.

—Siguió la dirección que tomaban las chicas todas las tardes —contesté—. ¡En marcha!

Podía decirse que el suelo era liso. Al menos, pocas dificultades presentaba para caminar.

Era una llanura con ligeras ondulaciones, suaves toboganes que subían y bajaban alternativamente, dunas cubiertas de perenne verdor y escasa elevación.

Muy a lo lejos, se veían unas colinas de mayor altura, en realidad, montañas redondeadas. La cordillera nevada quedaba muy distante.

Cuatro horas después, el podómetro que llevaba en la muñeca me indicó que habíamos recorrido veintidós kilómetros.

—Alto —dije—. Descansaremos una hora.

Las huellas de Iván continuaban en h misma dirección, siguiendo una línea casi recta.

Emilio se sentó a la sombra de un árbol, se quitó la mochila y encendió un cigarrillo.

—No lo comprendo —dijo—. Por muy máquinas que fuesen ellas, veintitrés kilómetros de ida y otros veintitrés de vuelta, al río, son demasiados kilómetros, sólo para reunirse con unos humanos que, intrínsecamente mirado, debían de resultarles indiferentes. Iban y venían a pie; no usaban otro vehículo que la lancha. ¿Qué opina usted, capitán?

Se estaban cumpliendo los presentimientos advertidos cuando puse pie en R. Aquel planeta no era natural.

O algo había en él que no lo era. Pero Emilio tenía razón. Resultaba incomprensible un semejante desplazamiento de las chicas a diario para ir a vernos.

—Nos portamos como chiquillos lejos de la vigilancia de la maestra —admití—. No niego que el primer día, y aun el segundo, no estuviesen dedicados a los escarceos con ellas, pero no debimos dejar pasar el tercero sin conocer más detalles.

—Nos cegaron con sus cantos de sirenas —reconoció «Pecos»,

Hacía rato ya que habíamos dejado de ver la «Miss X». Ahora nos encontrábamos en un mundo en apariencia acogedor, pero que yo estimaba como terriblemente hostil y adverso.

—Alguien las traía y se las llevaba luego —dije, tras una pausa de silencio.

—Llevárselas, no diré que no —habló «Pecos»—. Siempre se marchaban cuando anochecía, de modo que a los doscientos metros del río dejaban de verse. En tal caso, es posible que alguien las recogiese con algún vehículo. Pero ¿y traerlas?

—Llegaban a las diez de la mañana, es decir, cuatro horas después de haber amanecido. Tendríamos que haber visto forzosamente ese vehículo —dijo Emilio con gran sensatez.

Era otro de los misterios, indescifrable hasta el momento. No supe qué decirles.

Yo me acordaba de Lyssis. Aún me parecía verla cuando me dijo que era un robot.

Creí haber visto en sus ojos una sombra de humedad. Y la piel de sus brazos, de sus hombros, de sus manos... y sus labios también, era cálida y fina.

Pero debajo sólo había metal y un cerebro electrónico altamente organizado; un maravilloso conjunto de barras y tensores, millares de circuitos infinitamente pequeños, una memoria mecánica desarrollada al máximo... una máquina, en suma.

No era el primer robot con perfecta figura humana que había visto. Algunos eran...

—¿Recordáis el teatro de Schalino? —pregunté.

—Sí —respondió «Pecos»—. ¿Por qué lo dice, capitán?

—Era un teatro de robots. Interpretaban las últimas obras… y también los clásicos terrestres. No todos los robots servían para primeras figuras en aquel teatro.

—Es cierto —convino Emilio—. A algunos de ellos, sus circuitos, por muy revisados y perfeccionados que estuvieran, no les dejaban pasar de los papelitos de doncella que entrega una carta en una bandeja o de mayordomo que anuncia que la cena está servida.

—Pero nadie hubiera dicho que no se trataba de robots-actores, a no ser porque en las carteleras estaba anunciado expresamente, tal como manda la ley.

—Verdad, capitán —manifestó «Pecos»—. Recuerdo que había robots que «daban» muy bien los papeles de corte clásico, pero que fracasaban rotundamente en las obras modernas. Y, ¿a qué viene el recordatorio del teatro de Schalino, capitán?

—Sencillamente, cualquiera de esas chicas, Sybba, Súrika —era la de Emilio— o Lyssis, hubiese derrotado al mejor de aquellos robots-actores.

Emilio se pasó la mano por los labios.

—Aún me parece estar besando a Súrika —masculló enfadado.

—Con lo cual se demuestra la perfección a que han llegado en la fabricación de robots —dije—. Pero ¿quién, cómo y dónde los fabrica?

Hubo un momento de silencio. «Pecos» meneó la cabeza.

—Imposible contestar a su pregunta, capitán —dijo en tono pesimista.

Aquella noche, acampamos a unos treinta y cinco kilómetros de la «Miss X». Cuando llegó la noche, el único rastro de Iván que poseíamos eran sus pisadas sobre la hierba.

IV

Dormimos profundamente toda la noche, sin que nadie nos molestara.

Desde luego, establecimos turnos de vigilancia. Pero no ocurrió nada de particular.

Todo estaba tranquilo, no había fieras ni animales dañinos, ni siquiera de los llamados mansos. Era un mundo desierto de vida animal.

Amaneció y, tras desayunar rápida y someramente, hicimos de nuevo el equipaje. A las siete en punto estábamos caminando de nuevo.

—Hay una cosa que me preocupa —dije a los pocos minutos de marcha.

—¿De qué se trata, capitán? —preguntó Emilio.

—El agua —contesté—. Hasta ahora, después de habernos separado del río, no hemos encontrado la menor corriente de agua: ni una charca siquiera.

—Nuestras existencias son limitadas —dijo «Pecos»—. Sólo contamos con la de las cantimploras.

—Había tres litros en cada una de ellas. Será preciso racionarla de aquí en adelante.

—Sí, pero ¿hasta cuándo vamos a seguir en línea recta? —preguntó el chico.

Lancé una mirada a las colinas. No parecía que estuviesen más cercanas que en el momento de arrancar desde la orilla del río.

—Por la noche, según lo que hayamos visto durante el día de hoy, tomaremos una decisión —respondí.

Emilio asintió con un vigoroso movimiento de cabeza. Seguimos caminando.

Una hora después, remontamos una loma alargada, cubierta de césped y brillantes flores rojas, blancas y amarillas. Llegábamos a la cima cuando, de súbito, escuchamos el sonido menos esperado que podíamos soñar en oír allí,

Un disparo de fusil.

La bala silbó por encima de nuestras cabezas. Inmediatamente di una orden:

—¡Al suelo! ¡Emilio, prepara tu rifle de carga química! ¡«Pecos», tú el fusil térmico! Diez metros entre cada uno de nosotros y que nadie levante la cabeza del suelo.

Una segunda detonación resonó frente a nosotros. Esta vez, la bala debió de pegar en una piedra semienterrada entre el césped, porque rebotó con un maullido que nos puso los pelos de punta.

Yo me arrastré hasta un pequeño arbusto, que daba unas flores de un vivísimo color escarlata. Separé un poco las ramas y atisbé el panorama.

Se oyó un tercer disparo. Una de las flores voló por los aires, segado limpiamente su pedúnculo por el proyectil, a menos de medio palmo de mi cara.

Lancé una maldición y enterré las narices en el suelo.

—¿Veis al tirador? —pregunté.

—No, capitán —dijo «Pecos».

—Está muy bien escondido —informó Emilio.

Tenía en la mano mi pistola vibratoria, pero el tipo hacía fuego a más de cien metros de distancia. Como no lo tuviese a veinte pasos máximo, era un arma inútil.

—Escuchad —dije—. Voy a emplear un viejo truco para sacarle de su escondrijo. Emilio, «Pecos», al tanto, pero, si se rinde, no le causéis el menor daño.

—De acuerdo, capitán —me contestaron casi al unísono.

Moviéndome muy despacio, me quité la mochila. Luego, con una mano, la alcé por encima de mi cabeza.

—Cuidado, Emilio.

El rifle tronó de nuevo. En seguida percibí el estremecimiento de la mochila al recibir el proyectil.

—He visto un fogonazo en la vaguada, al pie de la loma —dijo Emilio.

—Dispárale un par de cartuchos, muy seguidos, pero, en el acto, cámbiate de sitio. «Pecos», tú espera a que el tipo se descubra un poco y envíale una descarga térmica.

Me pasé una mano por la frente cubierta de sudor. Allí estábamos los tres, solos, en un mundo desierto, tiroteándonos con un desconocido, como en una vieja aventura de las épocas colonizadoras terrestres. Era absurdo, pero real.

El fusil de Emilio rugió dos veces seguidas. «Pecos» dijo:

—Creo que he visto un movimiento en aquellos arbustos. Voy a calentarle un poco las orejas.

El chico había graduado su fusil térmico para larga distancia y temperatura máxima de la descarga a cien metros. En el fondo de la vaguada surgió de pronto una bola de fuego blanco, de intolerable resplandor.

Y entonces, de repente, todo cambió delante de nuestros ojos.

Y detrás. Y a la derecha y a la izquierda.

«Pecos» se puso en pie convulsivamente.

Gritó:

—¿En dónde estamos?

* * *

El grito del chico rebotó como una pelota de agudo sonido, yendo y viniendo varias veces, cada vez más atenuado, hasta perderse del todo.

Miré a ambos lados. No soñaba. Estaba entre Emilio y «Pecos».

Pero el verdor del paisaje, y las verdes colinas a las que nunca

llegábamos y la lejana cordillera nevada, habían desaparecido.

En torno nuestro, sólo aridez y desolación.

Ni una sola mata, ni un hierbajo. Arena, tierra y rocas.

Incluso el cielo parecía haber cambiado de color.

Antes era azul vivísimo, con nubes blancas, henchidas como jóvenes curvas femeninas. Ahora era gris, un gris sucio y deprimente, sin una sola nube.

«Pecos» corrió hacia mí. El chico estaba asustado.

Yo, también. Hacia cualquier parte donde mirásemos, sólo se veía la más absoluta desolación.

—¿Dónde estamos, capitán? —exclamó «Pecos».

—Cálmate, muchacho —dije. Era preciso contener su pánico—. Ha ocurrido algo, no sabemos qué, pero estamos con vida. Y eso es muy importante... lo más importante de todo.

Emilio llegó, pálido, pero frío y tranquilo, como de costumbre.

—Tengo la sensación de que, durante todo este tiempo, hemos estado siendo sometidos a una especie de hipnosis colectiva, que nos ha hecho ver cosas que deseábamos contemplar, pero que no existen —manifestó.

Asentí con la cabeza.

—Eso creo yo también —corroboré.

—Pero ¿quién? ¿Quién nos ha hipnotizado? —gritó «Pecos».

Emilio le miró con severidad.

—«Pecos», si no te calmas, te daré un buen puñetazo en la nariz —le dijo—. Con gritos no se arregla nada, ¿entiendes?

—Un momento —dije—. Fijaos en esto.

Bajé la vista. En aquel horrible panorama de tierra gris y ocre, había algo distinto.

El suelo de la loma. Era gris y ocre, pero liso en su suave curvatura.

Emilio se acuclilló y pasó la mano por el suelo.

—Parece pavimento de plástico, pero más liso... y con cierta temperatura, capitán.

Emilio no había mentido. Yo mismo lo comprobé.

—¿Y el tipo que nos tiroteó? —preguntó «Pecos», cuyos temores parecían haberse alejado un tanto.

Miré hacia la vaguada.

—Hay restos de tu descarga —dije—, pero eso es todo.

A cien metros, al pie de la loma, se veía un círculo negruzco.

—Ya sé lo que ha ocurrido —dije.

Emilio y «Pecos» me miraron con gran interés.

—El fogonazo de la descarga térmica deshizo los lazos hipnóticos que nos sujetaban a… a quien fuera —opiné.

—A mí, esos lazos me sujetaban a Sybba —exclamó «Pecos» en tono amargo.

—¿Es posible que esos robots hayan sido capaces de sugestionarnos hasta tal extremo? —dijo Emilio, atónito.

—No puede ser, por dos razones. Una, es que ya veíamos que R era un mundo maravilloso antes de aterrizar. Y la otra, los robots, por muy perfeccionada apariencia femenina que posean, al menos en este caso, carecen de cerebro humano.

—Un momento, capitán —dijo Emilio—. He visto hipnotizar a tipos a base de discos multicolores o esferas brillantes de muchas facetas y, en algunos casos, esos artefactos eran manejados por robots. Total, el paciente todo lo que tenía que hacer era relajarse…

—Pero había un medio auxiliar de la voz del robot, que no era más que una cinta grabada —dije—. Ahora, en circunstancias como la nuestra, de una hipnosis colectiva, se necesita algo más que un robot.

—¿Una supermente, escondida Dios sabe dónde? —apuntó «Pecos» con acento temeroso.

—Quizás —admití, sin demasiada convicción.

—Otra cosa: los campos verdes y el río se veían desde la nave, aun antes de aterrizar. Y ni siquiera habíamos tenido aún el menor contacto con los robots —arguyó Emilio.

—¿Y si la sugestión empieza o empezó a partir de determinada distancia del río? —Era «Pecos» el autor de la sugerencia.

—Eso significaría que llevamos horas y horas, incluso desde ayer, caminando por un terreno árido, cuando creíamos hallarnos aún en zona fértil —dije.

«Pecos» movió la cabeza.

—Lo único de cierto que hay es que, cuando estalló el disparo térmico, se acabó el césped —gruñó.

—Espera un momento —dije—. Emilio, ponte en contacto con la «Miss X». Pregúntales si siguen viendo el mismo panorama.

—De acuerdo.

Emilio se volvió de espaldas. «Pecos» tiró de la antena telescópica, haciéndola salir de la mochila. Luego sacó el micrófono y se lo puso a Emilio en la mano.

—Atención, «Miss X» —llamó—. Atención, «Miss X». Soy Emilio, contestadme pronto. Repito, soy Emilio.

Una voz conocida se oyó de pronto por el altoparlante instalado en el transmisor.

—Habla «Miss X». Soy Matías. Todo bien a bordo, ¿Alguna novedad vosotros?

—Sí, una, muy importante —contestó Emilio—. Dime... y no te extrañes de la pregunta. ¿Veis todo normal desde ahí? El río, el césped, los álamos, las flores...

Hubo un momento de silencio. Todos conteníamos el aliento.

—Aquí sigue todo igual —contestó Matías por fin—. ¿Qué es lo que ocurre?

Emilio me miró con gesto inquisitivo. Yo le tomé el micrófono.

—Matías, habla el capitán. Luego te lo explicaremos, Ahora quiero que hagáis una cosa. Repito que no debéis extrañaros por lo que os estoy diciendo. Aquí han pasado cosas raras, aunque seguimos perfectamente.

—Muy bien, capitán. Adelante.

—Uno de vosotros debe tomar un rifle térmico y hacer una descarga en dirección al río, de modo que el momento de máxima temperatura coincida con la orilla, por ejemplo. Esperamos el resultado —terminé la orden.

—Bien, capitán —dijo Matías—. Supongo que usted sabe lo que se hace. ¿Algún rastro de Iván?

—Por ahora, ninguno. Vamos, Matías; es urgente —le apremié.

—Ahora mismo, capitán.

Esperamos unos momentos. En voz baja, dije:

—Si a ellos les ocurre igual, diré que despeguen y que vengan a recogernos. Luego nos iremos; ya no podemos correr más riesgos por Iván,

Seis vidas contra una, tal era el balance que me hice. Y, aunque en plan egoísta, pensé; que Iván se había buscado su propio destino.

Pero todavía albergaba la remota esperanza de encontrarlo. Antes de que zarpáramos de R... ¡podían pasar tantas cosas!

Matías habló de nuevo, claro y firme:

—Todo sigue igual, sin ningún cambio, capitán. ¿Esperaba acaso que el río se volatilizase?

—Sí, Matías, así lo creía. Está bien, gracias por el experimento. Llamaremos más tarde, con explicaciones. Corto.

Devolví el micrófono a «Pecos», quien lo volvió a su sitio, junto con la antena. Emilio sacudió los hombros para ajustarse las correas de la mochila y dijo:

—¿Y ahora, capitán?

—Ahora...

No pude seguir. Algo movió mis pies muy suavemente.

—¡Eh, el suelo está vibrando! —dijo «Pecos» alarmado.

Era verdad.

Bajé la vista. El suelo de la loma se movía con suaves ondulaciones, como si fuese la gruesa epidermis de un gigantesco paquidermo, al que le molestasen los insectos.

Tal vez sí estábamos encima de un enorme paquidermo y nosotros éramos entonces unos insectos molestos y picajosos.

—Larguémonos —aconsejó Emilio.

Pero no pudimos hacerlo.

V

El suelo empezó a deslizarse hacia la vaguada.

Por no gritar, «Pecos» apretó los dientes, pero yo veía su frente llena de sudor. Sus manos se crispaban en torno a su rifle térmico, en tanto que procuraba mantener el equilibrio.

Por un momento, creí que era toda la loma la que se movía, convertida en una gigantesca esfera, enterrada casi toda, que había empezado a girar en torno a un eje invisible, sepultado a muchos metros de distancia. No tardé en salir de mi error.

Tan sólo se movía una banda del suelo, de unos tres metros de anchura, conduciéndonos hacia la vaguada. Emilio, de pronto, corrió hacia arriba, en sentido inverso.

La banda transportadora aceleró su marcha. El viento nos dio de lleno en la cara.

—Vamos a estrellarnos —dijo «Pecos».

—¿Contra qué? —pregunté.

No se divisaba el menor obstáculo al pie de la loma. La cinta desaparecía en el fondo de la vaguada.

Estábamos llegando al final, cuando se abrió una especie de boca de túnel ante nosotros. Entonces fue cuando sentí miedo, porque vi que la cinta caía verticalmente, como el agua de una cascada.

—¡Agárrense! —gritó «Pecos».

¿Adonde? No había el menor asidero.

De pronto, nos sentimos lanzados al vacío. Las armas se escaparon de nuestras manos.

Giramos en el aire, mientras caíamos, envueltos en la más negra oscuridad. Por un momento, sentí la terrible angustia de los sueños infantiles, cuando uno cree caer en un pozo sin fin y acaba al pie de la cama, llamando a la madre entre lágrimas y sollozos de pavor.

Pero casi en el acto me di cuenta de que algo frenaba nuestra caída. Era como si un gas muy espeso nos mantuviese parcialmente suspendidos… o como la caída en un astro de escasa gravedad.

De pronto, chocamos contra algo blando, aunque no demasiado. El golpe no tuvo nada de doloroso.

—¿Estáis bien? —pregunté en las tinieblas.

—Con todas las costillas —respondió Emilio.

—Y un pánico horroroso —confesó «Pecos».

—Bueno, no os apuréis —dije, para animarles—. Saldremos de aquí; en peores me he visto.

Me senté en el suelo y hurgué en mis bolsillos, en busca de un fósforo de cabeza eterna. Una vez lo tuve en las manos, lo encendí con un golpe de la uña del pulgar.

Pero no tuve tiempo de ver nada. Algo o alguien lanzó un potente chorro de aire y la llama se apagó en el acto.

El aire olía de una manera extraña. Empecé a sentir perturbaciones en la mente.

—Nos han narcotizado —dijo Emilio de pronto.

—Me duermo —gimió «Pecos»,

Un sueño irresistible cerró mis párpados. La oscuridad pareció acentuarse.

Creo que me tendí de espaldas, pero no podría asegurarlo. Medio minuto después de haber respirado aquel chorro de aire, llegó la inconsciencia a librarme de mis atávicos temores a las

tinieblas.

* * *

Desperté y abrí los ojos.

Me sentí la mente clara, despejada, sin el torpor habitual que se nota después de la ingestión de una droga narcótica. Era como si hubiese dormido profundamente toda la noche, después de una jornada de duro trabajo.

Emilio roncaba todavía. «Pecos» dormía a su lado y murmuraba algo entre sueño.

Cada uno de nosotros ocupaba una cama de espartana sencillez. La temperatura era muy agradable, por lo que no se necesitaban mantas.

Me senté en el lecho. Consternado, observé que sólo nos habían dejado las ropas puestas. Todo lo demás había desaparecido por completo; armas, municiones, transmisor de radio... Incluso de los relojes, brújulas y hasta el podómetro nos habían despojado.

Examiné el lugar en que nos hallábamos. Prácticamente, era un cubo sin ventanas ni otros huecos, excepto una puertecita lateral.

Me puse en píe y abrí la puerta. Daba a un cuarto de aseo, también desprovisto de ventanas, pero tampoco tenía puerta de salida, como el dormitorio.

Emilio despertó entonces y me vio en el umbral de la puerta.

—¡Capitán!

Me volví hacia él.

—¿Estás bien, Emilio? —le pregunté.

—Sí, me encuentro perfectamente —respondió, saltando del lecho—. ¿Ha averiguado algo?

—Sólo puedo indicarte el cuarto de baño, si tienes necesidad de usarlo —contesté—. En cuanto a lo demás, puedes verlo por ti mismo.

«Pecos» empezó a recuperarse en aquel momento. Emilio se acercó al cuarto de aseo y asomó la cabeza, con expresión de perplejidad.

—Me gustaría saber dónde estamos —gruñó,

—En el vientre del paquidermo —dije, con amargo humorismo.

Emilio me miró desconcertado. Luego comprendió:

—Ah, sí, las vibraciones del suelo —dijo—. ¿Es que no hay salida, capitán? —preguntó acto seguido.

—Si la hay, yo no sé hallarla —repuse.

—Capitán, Emilio —dijo «Pecos» en aquel momento.

Me acerqué al chico.

—No te dejes llevar por el pánico, Johnny —dije, llamándole por su nombre por primera vez en mucho tiempo—. Estamos con vida, ¿comprendes?

«Pecos» era un chico capaz de enfrentarse con los saurios mutados de Altair 2, pero había cosas que impresionaban al más valiente.

Aquella era una situación desconcertante. Uno se había prevenido para encontrar una fábrica de robots, pero no a muchos metros bajo tierra, sin posibilidad de escapar y en manos de Dios sabía qué misterioso ser, cuyos propósitos nos resultaban también desconocidos.

—Sí, capitán —contestó el chico—. Seré valiente.

Le di una palmada en el hombro.

—Bravo —dije—. Ahora, si lo deseas, entra en el baño y date una ducha. Te sentará bien.

«Pecos» obedeció. Emilio y yo quedamos frente a frente.

—¿Viven ellas aquí, capitán? —preguntó Emilio.

—Podría ser, ¿no crees?

—¡Hum! Todo esto me parece demasiado misterioso y hasta melodramático. Diríase que es un escenario destinado para impresionarnos, capitán.

—Pudiera ser —admití—. Pero el caso es que estamos encerrados y sin posible salida.

Emilio empezó a tantear las paredes. Ninguna sonaba a hueco.

—Debajo del caucho, plástico o lo que sea, hay metal —diagnosticó momentos después.

—Y no tenemos encima ni un fósforo. Sólo lo puesto —dije con amargura.

—Esto sí que es dejarse atrapar por unas sirenas —masculló Emilio—. ¿Habrá llegado Iván hasta aquí?

—Seguro. O le habrán hecho llegar. Pero, en todo caso, está en otra habitación.

Emilio olfateó la atmósfera.

—El aire es puro, pero se nota que ha pasado por filtros. No proviene directamente de la atmósfera —aseguró.

—Lo cual significa que nos hallamos a muchos metros bajo tierra.

—Sí, capitán.

El ruido del agua al caer resultaba familiar. «Pecos» gritó:

—¡La ducha es automática, capitán! ¡El agua cae al poner los pies en la pileta y cesa al salirse de ellas!

—Una civilización altamente tecnificada —comentó Emilio con serenidad.

El suelo era blando, aunque no en exceso, lo cual hubiese perjudicado los pies al caminar. Las camas no podían ser más sencillas: un largo tablero de metal, sostenido por cuatro patas, un colchón de espuma de goma o algo parecido y una almohada. Calculé que la temperatura ambiente debía de oscilar entre los 23o y los 25° centígrados.

—Tendremos que esperar, Emilio —dije.

—Sí, capitán, aunque no sabemos a qué —contestó Emilio.

—Nos narcotizaron, esto es evidente. Pero, a menos que hubiésemos llegado aquí directamente, cosa que dudo, alguien nos trajo. Eso significa que hay personas en este subterráneo.

—¿Personas o robots?

Las palabras de Emilio me sumieron en una lacerante duda. ¿Estábamos prisioneros de unos humanos o de unos robots?

¿Qué dase de seres inteligentes habitaban allí? ¿Poseían nuestra misma conformación corporal?

Emilio adivinó nuestros pensamientos,

—Si hay seres inteligentes aquí, tienen nuestra misma forma. De lo contrario, los robots hubiesen adoptado otra anatomía distinta —dijo.

—Tal vez los construyeron adaptándolos a nosotros —apunté.

—¿En menos de una hora, desde que avistaron nuestra nave?

—Sí, es cierto —convine—. No sólo los seres inteligentes con forma humano-terrestre vuelan por la Galaxia. Los seres que viven aquí tienen nuestra misma forma.

«Pecos» apareció en aquel momento.

—Les aconsejo que se duchen —dijo—. Cuando uno se retira de la pileta, surgen unos chorros de aire caliente que lo secan en un

santiamén.

Emilio se puso en pie.

—Creo que necesito ducharme, en efecto —dijo.

—Y ahora, yo —añadió «Pecos»—, lo que necesitaría es un buen plato de...

Se interrumpió de pronto. Abrió la boca y yo le miré.

«Pecos» tenía la vista fija en un punto situado a mi espalda. Me volví en redondo.

Delante de mí, frente a las camas, un trozo del muro se estaba haciendo transparente. Era un trozo del tamaño de una puerta común y, al otro lado, se veía una silueta humana.

La silueta tenía unos contornos difusos, que, poco a poco, fueron adquiriendo consistencia, hasta que pudimos ver a la persona con toda claridad. Entonces me di cuenta de que se trataba de una puerta que funcionaba por el método de cohesión de las moléculas.

Aquella persona era una mujer.

Quizá un robot. En todo caso, no era ninguna de las chicas que habíamos conocido a orillas del río.

Sin embargo, era muy hermosa, como, por lo visto, lo eran todas en R y, además, traía una gran bandeja en las manos, llena de comida.

—Permítanme —dijo con voz bien modulada.

Emilio y yo miramos hacia la puerta, que seguía abierta. La comida importaba poco en aquellos momentos; lo importante era escapar.

Pero era algo con lo que no se podía soñar siquiera. Al otro lado del hueco había una especie de pasillo de metro y medio de longitud, herméticamente cerrado.

Emilio me miró y meneó la cabeza.

—Una esclusa —dijo.

—Sí —contesté. Y me volví hacia la chica... o el robot, como se quiera llamar.

Ella había llegado al centro de la estancia. Entonces parte del suelo subió en cuatro pedazos hacia arriba, formando una mesa y tres simples taburetes. La chica se inclinó y dejó la bandeja sobre la mesa.

—Pueden comer sin miedo —dijo—. Cuando necesiten algo, golpeen la pared por donde yo he entrado.

Y se dispuso a marcharse, peto entonces la detuve por un brazo.

—¡Espera un momento! —dije—. ¿Eres mujer o robot?

Durante un largo segundo, Emilio, «Pecos» y yo esperamos su respuesta con la respiración y el corazón en suspenso.

VI

Ella vestía como Lyssis, como Sybba, como Heili: un sujetador de color azul claro, pantaloncitos y unas sandalias lisas. Con la mano izquierda se despegó un trocito de epidermis y nos enseñó una placa de metal, con unos números y unas cifras grabados a presión en la misma.

—Soy un robot —confirmó de palabra.

El trozo de piel volvió a su sitio.

—¿Cómo te llamas? —preguntó Emilio.

—Darilia.

—¿Dónde está Iván? —quiso saber «Pecos».

—¿Quién es Iván? —respondió Darilia con voz neutra.

—¿Has visto a un robot llamado Sybba? —inquirió Emilio.

—¿Y a Súrika?

Darilia pareció aturdirse un momento. Levanté las manos.

—Calma, por favor, muchachos; hagamos las preguntas en debido orden.

—No podré contestar mucho —dijo Darilia.

—Veamos entonces lo que puedes decirnos. En primer lugar, ¿dónde estamos?

—En Robotheria,

Creo que pegué un respingo de asombro.

—¿Robotheria?

—Así llamamos a este planeta, aunque, para abreviar, usamos solamente la inicial —declaró Darilia.

—¿No hay más que robots en Robotheria?

Darilia pareció vacilar.

—Ésa es una pregunta a la que no puedo responder —dijo al cabo.

—Entonces, hay seres humanos —terció «Pecos» con vehemencia.

—Tranquilo, Johnny —dije, extendiendo las manos—. ¿Puedes, al menos, decirnos qué van a hacer con nosotros?

Otra vez, Darilia demoró la respuesta unos segundos.

—Lo siento, no puedo —contestó.

—Entonces, ¿qué diablos puedes informarnos? —estalló el ordinariamente ponderado.

—Ya os he dicho bastante —declaró Darilia.

—Todavía no —repliqué con gesto ceñudo—. Aquí debe de mandar alguien. ¿Quién es? ¿Cómo se llama?

—El Gran Constructor,

—Eso suena a idolatría —rezongó Emilio, que era creyente sincero—. Pero ¿no tiene otro nombre?

—Grafforl.

Emilio repitió la palabra.

—No lo sé de cierto, pero me parece que me suena —comentó.

—Tú no estás sola aquí, ¿verdad? —pregunté.

—No. Hay más.

—¿Cuántas? ¿Diez, cien? ¿Un millar?

—Ya he hablado bastante. Ahora tengo que irme —se excusó Darilia.

De nuevo volví a agarrarla por el brazo. Su piel era tibia, pero no con calor humano.

—Espera un momento. ¿Conoces a Lyssis?

—Sí.

—¿Está aquí?

—Sí.

Darilia se soltó de mi brazo y caminó hacía la puerta, El mecanismo cohesivo entró en acción y el robot desapareció de nuestra vista.

Emilio me miró con gesto malicioso.

—Vaya, capitán —dijo sonriendo —, no es usted el único que se preocupa por una máquina con un lindo pellejo de chica guapa.

Lancé un gruñido. De momento, había sentido cierta alegría al saber que Lyssis se hallaba en aquel lugar, pero ahora me despreciaba a mí mismo.

¡Enamorarme de un robot!

—Capitán —dijo «Pecos»—, la comida está aguardando.

—Sí, hay que llenar la tripa —convine.

Encontramos los manjares sustanciosos, aunque un tanto insípidos. Sólo la bebida, una especie de leche ligeramente azucarada, pero con un gusto algo distinto a la terrestre, nos agradó sobre todo. Lo otro… teníamos que comer, a fin de cuentas.

Una vez consumido el contenido de la bandeja, empezamos a deliberar sobre nuestra situación.

—Voto por la evasión —dijo «Pecos».

—Hasta ahora, no parece que nos hayan tratado mal… los súbditos del Gran Constructor —opinó Emilio.

—Si quisieran tratarnos mejor, no nos tendrían encerrados como presos —dijo el chico en tono hosco—. Usted, ¿qué opina, capitán?

—Hay parte de razón en lo que dices, Johnny —contesté—. Y dadas las circunstancias, creo que tenemos derecho a intentar evadirnos. Pero, cuidado, no resultará fácil ni debemos desanimarnos si no lo conseguimos.

»Es evidente —continué —, que en este subterráneo, y vamos a considerarlo como tal, a falta de una mejor apreciación, hay alguien que manda. Ese Grafforl, quienquiera que sea, dispone de numerosos robots, aunque no comprendo todavía por qué sólo les ha dado la forma femenina.

»Pero pude fijarme en un detalle: los controla escrupulosamente. Darilia vacilaba en contestar a algunas preguntas y demoraba la respuesta un par de segundos, ¿No os sugiere nada eso?

—Una especie de consulta mental —dijo Emilio.

—Sí, si se tratase de una persona. Pero el cerebro de Darilia no emite ondas telepáticas, sino de radio,

—¿Quiere decir que ese Grafforl le estaba dictando las respuestas? —exclamó el chico.

—Es muy probable —contesté.

—Yo también lo creo —admitió Emilio—. De todas formas, esto no resuelve nuestra situación.

—¡Tenemos que evadirnos! —declaró «Pecos».

Agité una mano.

—Olvidadlo, muchachos. De aquí no saldremos jamás, a menos que el Gran Constructor lo disponga —dije.

«Pecos» y Emilio me miraron boquiabiertos.

—No puedo comprender que se resigne tan fácilmente, capitán —dijo el chico, decepcionado.

Emilio me miró. Me señalé un oído con disimulo.

Estaba seguro de que Grafforl o alguno de sus colaboradores nos estaba oyendo. Quizá también nos veía, a través de un circuito cerrado de televisión, por medio de una cámara cuyo objetivo estaba magníficamente disimulado.

—El capitán tiene razón, «Pecos» —dijo Emilio—. De aquí es imposible salir.

En medio de todo, «Pecos» no era tonto, de modo que no tardó en comprender y se unió a nuestro coro de lamentaciones.

Pero había un medio de comunicarnos nuestros propósitos, sin que nuestros captores se enterasen. Apoyé la mano derecha sobre la mesa y empecé a mover el dedo índice.

Los golpes que daba eran apenas perceptibles y, además, parecía que tabaleaba con gesto de nerviosismo. Miré a Emilio y le dije con la vista que se fijase en mi dedo.

Emilio asintió con un rápido parpadeo.

—Voy a hablarte en morse —dije, por medio de golpecitos, que sólo hacían vibrar la mesa, pero sin producir el menor ruido.

Emilio me contestó de la misma manera,

—Entendido.

—Creo que tengo un medio de conseguir la evasión, pero habremos de esperar a que venga Darilia.

—¿Qué es lo que piensa hacer?

—La puerta. Hay que evitar que funcione el mecanismo cohesivo.

—Comprendo. ¿Cómo?

—La bandeja de la comida.

Emilio miró hacia la bandeja y sonrió.

—O.K. —tabaleó con el índice.

En voz alta, dije;

—La comida me ha dado sueño. Voy a echar una siestecilla.

Me tendí en la cama, con los ojos cerrados. Las puertas que funcionaban a base de la cohesión molecular daban un magnífico resultado, siempre que no se interfiriera un cuerpo extraño en su proceso de apertura o cierre. Allí, lo malo era que había dos puertas.

Confiaba en salvar una, pero ¿cómo abriría la otra?

Y, ¿qué había al otro lado?

Dije que iba a echarme una siesta, pero sólo como una frase hecha. Sin embargo, la frase hecha se convirtió en realidad y me dormí como un tronco.

* * *

Una mano me sacudió con fuerza.

—Despierte, capitán —dijo Emilio.

Me puse en pie en el acto. La puerta de cohesión empezaba a funcionar. Había una silueta al otro lado.

—Esperad —dije—. No hagáis nada aún.

Emilio asintió. Momentos después, se había abierto la puerta y un robot con figura femenina entraba, trayendo una bandeja con comida.

—No es Darilia —observó «Pecos».

—Me llamo Vya —dijo «ella»,

—Vuestras compañeras eran más amables y sonreían —se quejó Emilio.

Vya no pareció hacer caso de la observación. Dejó la bandeja con comida y se llevó la usada.

Emilio y yo nos miramos. En el momento en que Vya cruzaba el umbral, tomé la bandeja y corrí hacia la puerta, colocándola al pie una fracción de segundo antes de que empezase a funcionar el mecanismo cohesivo.

Vya siguió caminando. Yo había actuado en silencio, de modo que sus circuitos auditivos no habían captado ningún sonido. Salté por encima de la bandeja, temiendo que el robot recibiese en cualquier momento un aviso por radio que le hiciese actuar contra nosotros.

Incomprensiblemente, no ocurrió así, Vya siguió caminando y, al llegar al final del corto corredor, el mecanismo de apertura de la otra puerta empezó a funcionar.

Esperé, agazapado como un gato. El proceso de descohesión duraba unos quince o veinte segundos.

A los diez segundos, la puerta se había vuelto casi transparente. Entonces, asesté a Vya un fuerte empujón en la espalda.

El robot chocó contra la puerta. Se produjo un fogonazo y el paso quedó libre.

Vya cayó. Sin duda, se había producido algún cortocircuito en su interior y había dejado de funcionar.

—Vamos, chicos —dije, lanzándome fuera de nuestro encierro.

Emilio y «Pecos» me siguieron en el acto. Una vez en el interior, nos encontramos en un vasto corredor, de gran amplitud, brillantemente iluminado por una luz difusa que venía del techo, pero cuyo resplandor no dañaba en absoluto a la vista.

Una cinta transportadora corría por su centro, a una velocidad que estimé en unos doce kilómetros por hora. A nuestra izquierda, el corredor, que más parecía un túnel por sus dimensiones, terminaba a unos veinte metros de distancia.

A la derecha, a cuarenta metros, se veía la intersección con otro túnel de tamaño similar.

—¡Por allí! —dije, y eché a correr, para no perder tiempo viajando en la cinta transportadora.

En pocos segundos alcanzamos la intersección. Justo en aquel momento, se abría una puerta y vimos salir a alguien muy conocido.

—¡Lyssis! —grité, sin poder contenerme.

«Ella» se volvió y me miró. Sus ojos expresaron casi de forma humana la sorpresa que sentía al verme en aquel subterráneo.

VII

Hasta unos momentos más tarde, no me percaté de la indumentaria de Lyssis, que era bien distinta de la que había usado en sus visitas. Lyssis vestía una bata blanca, como de médico, que le llegaba hasta las rodillas, cerrada de cuello y con mangas cortas.

—¡Clark! —exclamó.

Corrí hacia ella y la así por un brazo.

—Nos hemos escapado de nuestro encierro —dije—. Tenemos que salir de este subterráneo. ¿Puedes ayudamos… o debes obedecer también al Gran Constructor?

El robot continuaba sorprendido… lo que quiere decir que su circuito de la sorpresa estaba a máxima tensión.

—Pero ¿cómo habéis llegado hasta aquí? ¿Quién os ha traído? —preguntó.

—Éstos no son momentos para explicaciones —dije—. Puedes ayudarnos, ¿sí o no?

Lyssis dudó. Sin duda, estaba consultando en alguno de sus circuitos interiores acerca de la decisión a tomar.

—Lo siento —dijo al cabo—. No puedo ayudaros. Debo obediencia al Gran Constructor.

«Pecos» levantó la mano.

—Deje que le rompa un par de circuitos, capitán —dijo exasperado.

—Calma, chico —contuve su mano—. Piensa que es una máquina y que no razona como un humano. Pero si eres un robot —exclamé —, debes obediencia a los humanos: ¡a mí! ¡Y te ordeno que me indiques la salida!

Un robot cualquiera habría obedecido en el acto. Están construidos para acatar las órdenes de los humanos, siempre que no entrañen daño para otro humano. Lyssis, sin embargo, hizo caso omiso de tal orden.

—Sólo debo obediencia al Gran Constructor —respondió mecánicamente,

—Entonces, nos largaremos sin su ayuda —terció Emilio.

—No podréis salir. Desconocéis la salida y, aunque la encontraseis, sin permiso del Gran Constructor, no podríais forzarla.

—¡Sí tuviera a mano mi rifle térmico! —se quejó «Pecos».

—Lyssis —dije—, escucha un momento. ¿Has visto a Iván?

—Iván —repitió el robot—. Era... la pareja de Sybba.

—Sí, el mismo.

Lyssis meneó la cabeza.

—Lo siento. Repito que no puedo ayudaros. ¡Adiós!

Y antes de que pudiéramos detenerla, subió a la cinta transportadora transversal y se alejó de nosotros.

Momentos después, la vimos saltar de la cinta. Detúvose ante un trozo de muro y desapareció de nuestra vista a los pocos segundos.

El túnel era ciego por ambos lados. Quiero decir que estábamos en el interior de una T de gran tamaño, en la que no se veía salida alguna por ninguna parte.

—Los robots usan puertas de cohesión molecular —dijo Emilio —. ¿Por qué no hacemos nosotros lo mismo?

—Seguramente, emiten una señal convenida, la cual pone en

funcionamiento el mecanismo de apertura. Nosotros desconocemos dicha señal y carecemos del aparato emisor —contesté.

—Lo cual significa que no podemos ir a ninguna parte —masculló el chico.

«Pecos» parecía tener razón. Por allí no se iba a ningún lado.

—¿Regresamos a la celda? —propuso Emilio con gesto desanimado.

—Un momento —dijo «Pecos»—. Miren.

Un pequeño grupo de tres personas acababa de salir por una puerta recién abierta, situada a unos veinte metros de distancia.

Eran dos robots y un humano. El humano era Iván.

Esta vez, los robots tenían apariencia de varón. Parecían dos guardias flanqueando a nuestro compañero.

—¡Iván! —gritó «Pecos».

Más práctico, yo eché a correr hacia el grupo. Era imposible que Iván no hubiese oído el grito de «Pecos» y, sin embargo, no había vuelto la cabera siquiera.

Alcancé a Iván y le agarré por un brazo.

—Iván —llamé de nuevo.

El me dirigió una mirada opaca, inexpresiva. Los dos robots que le acompañaban no intentaron molestarme,

—Iván, soy yo —dije—. Soy el capitán. ¿No me reconoces?

—Está drogado —habló Emilio a mi lado.

Toqué una de las mejillas de Iván. Por un momento, había llegado a pensar que se trataba de un robot, fiel reproducción de la figura de nuestro compañero.

Pero a los robots con apariencia masculina no les crece la barba.

—¿Adónde se lo llevan? —pregunté a uno de sus acompañantes.

—Órdenes —respondió el robot con voz neutra.

Una puerta se abrió frente a ellos. Al fondo, vi lo que parecía ser un quirófano.

—¿Qué le van a hacer? —pregunté casi a gritos—. ¡No toleraremos que nuestro compañero sufra el menor daño!

Al otro lado de la puerta, distinguí a varios robots con bata blanca todos ellos. Lyssis, impasible, sujetaba una bandeja con instrumentos quirúrgicos en las manos.

—Vamos —dijo «Pecos» —, ahí dentro hay armas, herramientas... Hay que pegarles duro...

Lyssis avanzó unos pasos.

—Iván no sufrirá el menor daño —aseguró—. Debéis volver a vuestra celda.

—¿Va a hacer caso de lo que diga un robot, capitán? —preguntó «Pecos».

Miré a Lyssis fijamente. De pronto, exclamé:

—Regresemos. Iván está seguro.

Giré sobre mis talones y me alejé. Emilio y «Pecos», tras un ligero titubeo, acabaron por seguirme.

Alguien había actuado ya y el cuerpo de Vya había desaparecido. Las puertas de nuestra celda estaban abiertas, pero se cerraron apenas las hubimos traspasado.

—¿Y bien, capitán? —preguntó «Pecos», poniéndose en jarras frente a mí.

El chico ardía en deseos de actuar. Era preciso moderar sus ímpetus.

—Tengamos paciencia —aconsejé—. Ésta es una situación que no puede prolongarse demasiado.

Emilio puso una mano en el hombro de «Pecos».

—Chico, haz caso al capitán —dijo.

Miré a «Pecos». El chico acabó por entenderme.

—Muy bien, señor —contestó por fin—. Usted es el que manda.

—Gracias, muchacho —dije, dándole una palmada en el hombro.

* * *

Las moléculas de la puerta se separaron. Lyssis apareció en el umbral.

—Siento haber tardado tanto —dijo.

Entró en la celda y la puerta se cerró de nuevo. Todavía seguía con la bata puesta.

—Nos gustaría saber qué es lo que pretenden hacer con nosotros —dije—. Pero, en primer lugar, conocer la suerte de Iván.

—¿Qué le vais a hacer? —preguntó Emilio—. ¿Convertirle en otro robot?

Lyssis no contestó de una manera completa.

—Sólo estuvimos haciéndole unos «tests» y análisis. Hasta ahora,

no ha sufrido el menor daño en su integridad corporal —informó.

—Pero estaba drogado —protestó «Pecos».

—Anestesiado, solamente. Sin embargo, es una anestesia que permite los movimientos, aunque interfiere la voluntad. Repito que no debéis temer por Iván.

—¿Y nosotros? —pregunté.

Lyssis calló.

—No te atreves a responder, ¿verdad?

Ella dijo:

—Tengo que irme. Sólo vine para tranquilizaros...

—¡Un momento! —exclamó el chico—. ¿Dónde está Sybba?

—Desguazada.

—¿Eh? —respingó «Pecos»—. Pero ¿por qué?

—Su cerebro mecánico había sufrido alteraciones.

Emilio sonrió de buen humor.

—Eso quiere decir que se había enamorado de ti, galán —exclamó.

—Así fue —convino Lyssis en tono reposado—. También a Súrika le pasó algo por el estilo.

—Y a Nera y a Alioea y a las demás —comenté—. Pero a ti no te han desguazado. ¿Por qué?

—Mis circuitos afectivos no han sufrido la menor alteración —contestó Lyssis en tono inexpresivo.

—Capitán, eso significa que no es usted tan atractivo como creía —dijo Emilio riendo—. Vamos, que ni los robots se chiflan ya por usted.

Pero yo no estaba para bromas.

—Escucha, Lyssis —dije, perdiendo la paciencia—, queremos salir de aquí...

—Tengo que irme —me interrumpió ella—. Sólo vine a tranquilizaros.

De pronto, introdujo la mano en un bolsillo de la bata y sacó un objeto que dejó sobre la mesa. Giró sobre sus talones y se marchó.

Transcurrieron algunos minutos antes de que pudiéramos reaccionar. De nuevo nos habíamos quedado solos en el encierro.

Me acerqué a la mesa y tomé el objeto que había dejado Lyssis. Era una cajita de color oscuro, de centímetro y medio de grueso, por cinco de largo y tres de ancho.

Tenía incrustadas dos semiesferas en una de sus caras. Una era de color verde y la otra roja. En la cara opuesta noté al tacto que había un papel adherido.

Despegué el papel. Lyssis había dejado un mensaje escrito.

Ésta es una llave para abrir puertas con mecanismo descohesivo. La esfera verde es una lámpara que se enciende en las proximidades de una puerta. La esfera roja, al presionarla, hace actuar el mecanismo de apertura.

¡ESPERAD 24 HORAS ANTES DE HACER NADA!

Miré a mis compañeros y sonreí.

—Es una buena chica —dije, guardando la «llave» en el bolsillo superior de mi camisa.

—Sí, una buena chica —admitió Emilio.

—Pero a Sybba la han enviado a la chatarra —se quejó «Pecos» con amargura.

VIII

Habíamos comido una vez. Aunque no tenía reloj, calculaba que habían transcurrido unas ocho horas desde que Lyssis estuvo en nuestro encierro.

La puerta se abrió bruscamente y dos robots armados aparecieron en el umbral.

—Salgan —ordenó uno de ellos.

Emilio y «Pecos» me miraron.

—Es preciso obedecer —dije.

—¡Obedecer a un robot! —se quejó el protestón de «Pecos»—. ¡Esto es lo último que podía soñar en ver en mi vida!

—¿Adónde nos lleváis? —pregunté.

—El Gran Constructor quiere hablar con vosotros —respondió uno de los robots con voz inexpresiva.

—Bueno, vamos allá —suspiré.

Salimos fuera. Grafforl debía de considerarnos hombres peligrosos, porque había cuatro robots más... y todos estaban

armados con viejas pero eficaces pistolas químicas, quiero decir de pólvora.

—Esto parece un piquete de ejecución —masculló Emilio, mientras nos poníamos en marcha.

La cinta transportadora era lo suficientemente ancha para que cada uno de nosotros pudiera viajar en ella, acompañado de dos de los esbirros mecánicos del desconocido que se hacía llamar a sí mismo el Gran Constructor. Llegamos al túnel transversal, pasamos a la otra cinta y seguimos hacia la izquierda.

La cinta desaparecía en la base de la pared que cerraba el túnel por aquel lado. Cuando estábamos llegando a ella, se abrió un hueco.

Los robots se apearon de la cinta y dejaron que siguiéramos solos. Segundos más tarde, nos encontramos en tinieblas.

—Todo esto me parece de un gusto pésimo —dijo Emilio en tono malhumorado—. ¿Es necesario recurrir a trucos melodramáticos para concedemos una entrevista?

—El Gran Constructor tiene el cerebro averiado —dijo «Pecos».

La cinta se inclinó de pronto hacia arriba, tomando un ángulo de 15° con la horizontal. Por el sonido de nuestras voces, pude darme cuenta de que nos hallábamos en un túnel de características parecidas a los anteriores, pero, según podíamos apreciar, Grafforl no quería que viésemos detalles de nuestro camino.

Al cabo de un minuto, la cinta se niveló, y poco después notamos que su movimiento cesaba. Entonces, se hizo la luz poco a poco.

—Siéntense —dijo una voz que parecía brotar de todos los sitios a la vez.

Delante de nosotros vimos tres sillas. Las ocupamos y esperamos.

Había vuelto la luz, pero no por completo, sino que era más bien una penumbra que permitía apreciar algunos detalles. No obstante, había bien poco que ver en la estancia en que nos hallábamos.

Era de forma cúbica, de mayor tamaño que nuestro encierro y sin otro mobiliario que las sillas en que nos habíamos sentado. Muros, suelo y techo aparecían desnudos, de un color gris frío, sin el menor ornamento.

Un resplandor difuso apareció de pronto frente a nosotros. La silueta de un cráneo humano se hizo visible en lo que parecía ser

una pantalla de televisión, de forma alargada y de metro y medio de largo por uno de ancho.

La luz aumentó. Entonces pudimos ver la cara de Grafforl con más detalles.

Era la de un hombre de avanzada edad, aunque, en cierto modo, indefinible.

Lo mismo podía tener noventa que ciento cuarenta años. Dado que el promedio de la vida humana bordeaba los dos siglos, una edad comprendida entre las cifras señaladas no tenía nada de particular. Pero me dio la sensación de que Grafforl parecía más viejo de lo que delataba el brillo de sus ojos, vivaces e inquisitivos.

Tenía la cara con numerosas arrugas y, cosa rara, el pelo había desaparecido por completo de su cráneo piriforme. En una época en que sólo en casos muy rebeldes se perdía el pelo, ver a un hombre del todo calvo resultaba un hecho bastante extraño.

Grafforl parecía hallarse escondido tras un mostrador, ya que únicamente le veíamos la cabeza. En torno a él flotaban tenues hilos de gasa azulada. Me pregunté si necesitaría de algún fluido gaseoso especial para vivir o bien estimular su mente.

—Celebro conocerles —dijo Grafforl por fin, tras un largo minuto de silencio—. Sin embargo, deben excusarme por haberles traído aquí de cierta manera digamos un poco diplomática.

—Violenta, la calificaría yo —dijo «Pecos» impulsivamente.

—Calma, muchacho —aconsejé—. Deja que el Gran Constructor siga hablando.

Grafforl me dirigió una mirada de benevolencia.

—Usted es muy sensato, capitán —dijo, sonriendo—. Es una cualidad muy de apreciar, aunque no deba desestimar tampoco la agresividad y la vehemencia de su joven compañero. Tampoco echaré en saco roto la frialdad y la presencia de ánimo de su segundo acompañante.

—¿A qué viene eso, si puede saberse? —pregunté.

—Se lo explicaré más tarde —respondió Grafforl—. Por el momento, y aun lamentándolo mucho, he de decirles que deben continuar aquí, en Robotheria. Me es imposible libertarles.

—¿Quiere decir, señor —preguntó Emilio—, que nos va a tener encerrados toda la vida?

—Es una frase algo exagerada —dijo Grafforl—. La definición

más exacta sería la de una larga temporada.

—¿Con qué objeto? —pregunté.

—Les necesito.

—No es una respuesta muy satisfactoria —me quejé.

—Sería mejor que explicase las cosas claras de una vez —refunfuñó Emilio—. Ni siquiera sabemos dónde estamos.

—Éstos son los restos de una ciudad que existió hace millares de años —declaró Grafforl—. Resultaría largo de contar cómo la encontré, aunque puedo decirles que, cuando vine aquí, ya conocía su existencia. En la Biblioteca Total Galáctica hallé una vez ciertas referencias a esta ciudad. Entonces, el planeta se denominaba de otro modo, pero cuando, tras algunos años de búsqueda, encontré la ciudad subterránea, le di el nombre de Ro-botheria.

—Muy adecuado a sus actuales habitantes —comenté—. Pero ¿por qué una ciudad subterránea y no en la superficie?

—Han pasado varias decenas de millares de años —explicó Grafforl—. Las ciudades y todo resto de civilización en Robotheria han pasado, aventados por el soplo del tiempo. Murieron sus habitantes o abandonaron el planeta; quizás, en prevención de alguna guerra, construyeron ciudades subterráneas, a varios centenares de metros de profundidad. Yo encontré una de ellas... y aquí estoy.

—Con sus robots —gruñó «Pecos».

—Sí, con mis robots —admitió Grafforl sin rebozo—. Son mis mejores amigos. Siempre obedecen y nunca discuten mis órdenes.

—Una vida más bien miserable, dígase lo que se diga —terció Emilio—. Conversar siempre con un robot y escuchar sin cesar «sí» tras «sí» no tiene nada de agradable.

—Algunos de mis colaboradores son humanos —dijo Grafforl.

—¿Y consienten en lo que está haciendo? —pregunté, ignorante aún de los propósitos de aquel enigmático individuo.

—Están aquí, ¿no?

—Pero, bueno, ¿se puede saber qué es lo que pretende hacer de nosotros? —preguntó «Pecos» con impaciencia.

—¿Les gustaría vivir eternamente?

La frase nos sobrecogió un instante.

Yo me quedé sin saber qué decir. Emilio y el chico también guardaban silencio.

—No pretenderá ser usted un nuevo Mefistófeles —dijo Emilio, que era muy culto.

«Pecos» reaccionó de otro modo.

—¡Búuu...! —se le burló con descaro, sacando la lengua.

—No es cosa de broma —dijo Grafforl, sin impresionarse por nuestras reacciones—. Hablo de una vida prácticamente inacabable. Cierto que nada humano o construido por el hombre es eterno, pero hay cosas que duran más que otras.

—A mí no me trate usted de cosa. Soy un hombre —dijo «Pecos» con orgullo.

—Salta a la vista —comentó Grafforl con buen humor—. Pero aún no ha contestado a mi pregunta.

—Bien, supongamos que aceptamos —dije—. ¿Cuáles son sus propósitos?

—Su inteligencia, capitán; el valor frío y sereno de Emilio, la agresividad de ese muchacho, la lealtad de Iván... ¡qué magnífica combinación de cualidades para un cerebro humano!

De nuevo sobrevino una pausa de silencio. Creí comprender las intenciones de Grafforl.

—Siga —indiqué.

—Usted es inteligente, repito, capitán —dijo Grafforl—. Un cerebro que reúna todas esas cualidades, ¿se imaginan ustedes el resultado que puede dar?

—¿En qué sentido? —preguntó Emilio.

—En el de lograr una nueva raza de robots.

—Un momento —exclamó «Pecos»—. ¿Quiere eso decir que nos va a tomar como colaboradores suyos?

—En cierto modo, así es. Los cuatro vivirán... muchísimo tiempo, siglos, decenas de siglos... Los cuatro fundidos en un solo y multiplicados por miles, centenares de miles, millones de unidades... Los cuatro, uno solo y millones a la vez. ¿No es una maravillosa perspectiva?

* * *

Confieso que me eché hacia atrás en el asiento al oír aquellas enloquecedoras palabras.

Emilio y «Pecos» tenían la boca abierta de par en par. Grafforl

nos contemplaba en silencio.

Yo fui el primero en hablar.

Dije:

—Si no he comprendido mal, usted pretende fundir nuestros cuatro cerebros en uno solo y luego multiplicarlo innumerables veces.

—Así es —admitió Grafforl—. Después, cada uno de los cerebros obtenidos será el motor mental de un robot.

»Serán sometidos a una delicada operación quirúrgica, en la que se perderán las cualidades negativas, quedándose sólo con las positivas y más acusadas, ya señaladas. Después, el cerebro resultante de la fusión será multiplicado y sustituirá a los actuales de mis robots, demasiado… mecánicos, podríamos decir.

»Por supuesto, ese cerebro resultante será también un cerebro mecánico; como es lógico, no conservará su estructura orgánica animal. Pero el cerebro así obtenido conservará toda su memoria, tal como la conservan ahora ustedes. De este modo, habiendo dejado de existir, continuarán existiendo, repetidos infinidad de veces… y durante cientos o miles de años.

»Todos ustedes serán uno y millones a la vez. Cada uno tendrá alguna particularidad externa distinta, pero los cuatro se confundirán en uno primero y luego se desdoblarán sucesiva e indefinidamente.

»Hasta que mi nueva raza de robots, uno e infinito, llegue a poblar la extensión de la Galaxia —concluyó Grafforl en tono dramático.

De nuevo se produjo otro intervalo de silencio.

Emilio, el creyente, fue el primero en protestar;

—¡Eso que está diciendo es una blasfemia! ¡Contradice abiertamente las leyes divinas!

—¡Yo no tengo ganas de meterme en la sesera de otro! —rugió el chico.

—Lo siento —dijo Grafforl con frialdad—. Siento que sean ustedes, en el sentido de que no les agrade mi decisión, claro está, los primeros en recibir… mi tratamiento de multiplicidad infinita. Peor podría haberles resultado.

»Antes he realizado muchos experimentos con seres humanos. Para llegar al resultado actual, muchos hombres tuvieron que morir.

Ustedes no morirán.

Miré horrorizado a aquel hombre que confesaba con tanta tranquilidad la muerte de un montón de semejantes.

Bajo su disfraz de súper científico, era un asesino.

—¿No comprenden las ventajas que obtendrán? Cada uno de ustedes estará en un sitio y en miles de sitios a la vez —siguió, con la voz que debió emplear Lucifer al tentar a Jesús en el desierto—. Ello les conferirá un poder absoluto.

»Los años resbalarán por ustedes como minutos. No envejecerán, no estarán sujetos a enfermedades ni debilidades humanas. Serán... ¡los nuevos dioses de la Galaxia!

Me incliné hacia delante y le miré fijamente.

—¿Y usted? —pregunté—. No irá a decirnos que lo hace por pura filantropía.

Él cinismo asomó a los labios de Grafforl al sonreír,

—¡Yo seré el amo de los nuevos dioses de la Galaxia!

—El Señor le hundirá en el más profundo de sus abismos —dijo Emilio con voz tonante—. Antes que usted, otros, poseídos de un diabólico orgullo, quisieron ponerse a su altura y fueron castigados. Usted no escapará a ese castigo, profesor Grafforl.

—Estamos hablando de temas humanos —declaró el científico sin inmutarse.

—Son una blasfemia —insistió Emilio.

Grafforl hizo un gesto de impaciencia.

—Basta —dijo—. Hemos terminado ya. Ustedes conocen ya cuál es su suerte. Ahora puede que lo lamenten, pero más adelante se sentirán infinitamente agradecidos a mí.

Grafforl sonrió de nuevo. «Pecos» le hizo una pregunta.

—Ese cerebro nuevo estará instalado en un cuerpo mecánico, ¿no es cierto?

—Por supuesto.

—¿Como el suyo?

Grafforl continuaba sonriendo.

—Yo no tengo cuerpo. De mí, sólo se conserva la cabeza —respondió.

IX

«Pecos» me agarró por un brazo y me miró de modo suplicante.

—Capitán, yo no quiero convertirme en un robot —dijo.

Traté de calmarle.

—Todavía seguimos siendo humanos —contesté.

—Pero con Iván ya han empezado el tratamiento. A nosotros no tardarán en llevarnos al quirófano, capitán.

Emilio chasqueó los dedos.

—¡Ahora recuerdo! —exclamó de repente.

Me volví hacia él. De nuevo nos hallábamos en nuestra celda.

—¿Qué es lo que recuerda? —pregunté.

—Grafforl —contestó—. Era una autoridad en biorrobótica y desapareció misteriosamente hace muchos años.

—Y ahora nos lo hemos encontrado nosotros —comentó «Pecos» con desaliento en su voz.

—En tu lugar, yo diría que Grafforl nos ha encontrado a nosotros —manifesté. Saqué la «llave» que me había entregado Lyssis—. Tenemos esto para escapar,

—¿Con Iván?

—Si podemos, sí; en otro caso, saldríamos de aquí por el procedimiento que fuese. En la nave tenemos armas suficientes para reducir esta ciudad a escombros.

—Pero Iván moriría —alegó Emilio.

—Trataríamos de rescatarlo, amenazando con destruir la ciudad —contesté—. Lo más urgente es buscar el modo de escapar. Acordaos de Lyssis nos ha aconsejado que esperemos veinticuatro horas.

—Han debido de pasar unas diez u once desde entonces —calculó Emilio—. Debiéramos descansar —aconsejó.

—A mí se me ha ido el sueño —rezongó el chico.

Yo me senté en el borde de la cama.

—Grafforl no es el hombre infalible que piensa —dije.

—¿Por qué? —preguntó Emilio.

—Todos los de aquí, le obedecen. Al menos, un robot, trata de ayudarnos... lo cual implica desobediencia.

—Eso es cierto —convino «Pecos»—. Seguro que sus circuitos han sufrido alguna grave alteración sentimental con respecto a usted, capitán.

—Es la única explicación que cabe —admití sin rebozos,

«Pecos» suspiró,

—¡Y la pobre Sybba reducida a chatarra!

—Grafforl ya debía de contar con ello —dije—. De todas formas, debe de tratarse de una frase metafórica. Lo más probable es que se haya limitado a cambiarle el cerebro motor.

—¿Dejándole el mismo aspecto físico?

—Pues… sí, ¿por qué estropear un material tan valioso? —contesté.

—Lástima. Ya no me reconocerá con su nuevo cerebro —se lamentó el chico—. ¡Y era guapísima!

—Pero no pasaba de ser una máquina —rezongó Emilio—. ¡Cuando pienso que me pasé siete días besando unos labios de caucho, es que me pongo enfermo!

«Pecos» hizo un signo de asentimiento con la cabeza.

—Desde luego, tienes razón, compañero. Oiga, capitán, ese Grafforl debe de ser un genio. Se quedó sólo con la cabeza y tiró el cuerpo a la basura. ¿No le parece un disparate?

—Hay personas que piensan que el cuerpo es solamente un semillero de males —contesté.

—Un cerebro cuyos conocimientos son mal empleados es más dañino aún que un cuerpo enfermo —declaró Emilio—. De lo que no hay duda es que Grafforl posee una cantidad de conocimientos realmente fabulosa. ¡Convertirnos a los cuatro en uno solo y luego multiplicarnos por millones!

—Y él, tirando de los hilos —dijo «Pecos» con agudo sarcasmo.

—Sí —concordé—. Quiere crear una nueva raza de súper robots, que, en sus propósitos, acabarán dominando la Galaxia. No ahora, claro, sino dentro de varios centenares de años.

»Pero suponiendo que consiguiera llevar a buen fin sus planes, varios siglos no tendrían importancia para él ni para nosotros. Los humanos no viven tanto tiempo… y acabaríamos imponiéndonos a ellos.

—Cosa que no me gusta en absoluto y para impedir la cual, lucharé con todas mis fuerzas —declaró Emilio.

* * *

Emilio se puso en pie y dijo:

—Capitán, a mi juicio han pasado ya más de veinticuatro horas.

—Entonces, no perdamos tiempo. ¡Vámonos! —decidí.

—Yo creí que Lyssis vendría a ayudarnos —murmuró «Pecos», decepcionado.

—Quizá tuvo que contentarse con dejarnos esta llave —calculé.

También yo me sentía defraudado.

Por supuesto, los sentimientos concebidos inicialmente hacia Lyssis habían desaparecido. Uno no puede enamorarse de un robot, aunque sí tomarle el cariño que se toma a cualquier objeto personal… un libro apreciado, un reloj recibido como obsequio de cumpleaños... Pero eso era todo con respecto hacia Lyssis.

Me acerqué a la pared. La lámpara verde centelleó a los pocos segundos.

Entonces oprimí con el pulgar la semiesfera de color rojo. Instantes después, el mecanismo descohesivo entró en funcionamiento.

—Con tal de que no haya alarma de apertura indebida —murmuró Emilio aprensivamente.

Pasamos a la esclusa y de aquí al pasillo.

Estaba desierto. Sólo se oía el tenue rumor de la cinta transportadora en constante movimiento.

—Bueno —dijo «Pecos»—, y ahora, ¿por dónde salimos?

Durante algunos segundos, me quedé perplejo.

Los dos túneles en T parecían ser cuanto quedaba de la ciudad subterránea. Sin embargo, para llegar allí, habíamos debido de utilizar algún medio, que nos resultaba desconocido.

—Sigamos adelante —dije con acento resuelto—. Parados, no obtendremos ningún resultado.

Llegamos a la intersección. Nos detuvimos de nuevo, indecisos y vacilantes.

Los túneles estaban desiertos por completo. De pronto, se me ocurrió una idea.

—Voy a ver si encuentro la habitación de Iván —dije.

Avancé a lo largo del túnel, hasta que llegué al punto aproximado en que habíamos visto salir a Iván con dirección al quirófano. Inmediatamente, empecé a mover la llave a lo largo del muro.

La lámpara verde centelleó dos metros más a la izquierda. Presioné el botón de apertura.

Una esclusa similar a la que ya conocíamos apareció ante nuestros ojos. Cruzamos el umbral y llegamos al lado opuesto del pequeño corredor.

Por segunda vez apreté el botón. La pared empezó a hacerse transparente.

Entonces vi una silueta humana al otro lado. Cuando las moléculas de caucho y metal se hubieron descohesionado por completo, reconocí a la persona.

Sólo tenía de tal el aspecto. No era Iván, era Lyssis,

El robot se puso en pie al vemos.

—¡Lyssis! —exclamé—. ¿Qué haces aquí?

—El Gran Constructor se ha enterado de que trataba de ayudaros —contestó el robot.

—¿Y te ha encerrado aquí?

—Sí.

La miré de arriba abajo.

—Tú eres un robot, pero no quieres causar daño a los humanos. ¿No es cierto?

—Sí.

—Entonces, no te importará venir con nosotros.

—Iré.

La agarré por un brazo y tiré de ella hacia afuera. (Hablar de un robot dándole tratamiento femenino es una incongruencia, pero, a veces, se me escapa sin poder evitarlo.)

—¿Has visto a Iván? —pregunté.

—Está en otra celda.

—¿Conoces el camino? —inquirió «Pecos».

—Sí.

—Bien, vamos a...

—¿Adónde? —preguntó alguien en aquel instante.

Los tres nos volvimos en el acto. Había un hombre frente a nosotros, apuntándonos con un arma, en la cual reconocí al instante una pistola vibratoria.

No era un robot, era un humano. Ello se deducía fácilmente, no ya en su actitud agresiva, ya que las máquinas antropoides de Robotheria estaban acondicionadas psicomecánicamente para

causar daño a los humanos, si era preciso, en el insolente brillo de sus ojos y en la sonrisa de satisfacción de sus labios.

—Hay tipos para todo —mascullé.

—Sí —convino el sujeto, muy tranquilo—. Para todo. Hasta para matarles si no vuelven a su celda en el acto.

X

La perspectiva de que «fundieran» mi cerebro con el de mis tres compañeros, aunque yo recibiera luego parte de los suyos, no me seducía en absoluto. Uno prefiere vivir menos, pero vivir con la mente y el cuerpo que Dios le ha dado, y no de la forma que un científico chiflado deseaba, por muchas pretendidas ventajas que ello nos pudiera reportar.

Pero el esbirro de Grafforl no nos dejaba opción. Su pistola era un argumento intimidatorio inequívoco.

Ahora bien, aquel tipo desconocía nuestra perfecta compenetración. No sabía los trucos que los tripulantes de la «Miss X» habíamos empleado en más de una ocasión, en peleas tabernarias, durante nuestras horas de asueto en los barrios de placer contiguos a los astro-puertos.

Y son peleas de veras, lo aseguro por propia experiencia. Pero de todas ellas habíamos salido adelante, aunque no sin alguna descalabradura, también hay que reconocerlo.

Entonces, Emilio, con un hondo suspiro, cerró los ojos y fingió desmayarse.

Es un ardid que no falla, lo garantizo. Los ojos del esbirro se volvieron un instante hacia Emilio, que se derrumbaba, como incapaz de soportar la impresión causada por la inesperada llegada del individuo.

En un caso así, la atención queda concentrada en un solo punto. El guardia se olvidó de nosotros. Nosotros de él, no.

«Pecos» ejecutó uno de sus golpes favoritos. Saltó agilísimamente, hizo en el aire una fulgurante tijereta y su pie derecho entró en contacto con la mano del guardia.

La pistola vibratoria voló por los aires. El hombre lanzó un rugido de rabia.

Vaciló. Yo terminé de tumbarle con un fenomenal derechazo que, tras separarle unos centímetros del suelo, lo lanzó a través de la puerta hasta el pasillo.

—¡Vamos! —grité, agarrando la mano de Lyssis—. ¡Llévanos a la celda de Iván!

Emilio se había levantado de un salto. La pistola pasó a su poder.

—¡Yo iré delante! —se ofreció—. ¡Guíanos, Lyssis!

—A la izquierda —dijo ella—. Sigue así durante cuarenta metros.

Emilio corrió delante de nosotros, dando zancadas de una longitud aproximada a un metro. Contó cuarenta y se detuvo.

—La llave, Clark —dijo Lyssis.

Presioné el mando de apertura. La pared empezó a descohesionarse frente a nosotros.

Emilio quedó en el umbral, vigilando el túnel mientras nosotros abríamos la otra puerta. Cuando el paso estuvo libre, vimos a Iván.

Estaba tendido sobre una mesa de operaciones, rodeado de médicos y enfermeras. Si eran robots o no, era algo imposible de predecir a simple vista.

Yo me inclino por asegurar que eran robots. Un humano, salvo raras excepciones, habría vacilado mucho antes de practicar una operación semejante de tal envergadura a un semejante. A los robots lo mismo les daba; tanto les importaba hurgar en los sesos de un humano, como limpiar un jardín de malas hierbas. Son robots y obedecen, eso es todo.

—¡Atrás! —grité, precipitándome hacia la mesa de operaciones.

Iván estaba dormido. Uno de los robots cirujano protestó:

—No pueden llevarse a ese hombre. Está anestesiado.

De un golpe salió volando hasta un aparato, que debía ser un electroencefalógrafo o algo parecido. La pantalla estalló con vivo ruido de cristales y el robot se quedó inmóvil en el suelo.

—¡Vivo, «Pecos», desata a Iván! ¡Nos lo llevaremos tal como está! ¡Ya despertará en la «Miss X»!

Iván tenía el cuero cabelludo completamente afeitado, pero, aparte de eso, el bisturí ni el trépano habían penetrado todavía en su cráneo. Pude fijarme en que el quirófano estaba provisto de todo cuanto se necesitaba para una operación de dicho género. Grafforl

no escatimaba medios para conseguir sus desatentados propósitos.

Pero además del instrumental quirúrgico, el quirófano tenía también otras cosas: un sistema de comunicaciones, indudablemente enlazado con el lugar secreto, donde residía el loco dueño de todo aquello.

Uno de los robots se deslizó con sigilo hacia el interfono con pantalla visora. Emilio le vio y apretó el gatillo de su pistola vibradora.

En un humano, la descarga habría provocado una especie de «fusión» de la carne, las vísceras y los huesos. En aquel robot, lo único que hizo fue desintegrarle las coyunturas metálicas.

Pero resultó suficiente. El robot se desplomó al suelo, falto de sustentación. Era como si de repente le hubieran desaparecido las articulaciones y los «huesos» metálicos hubieran quedado sin nexo de unión entre sí.

Fue un ejemplo positivo para los demás. Ninguno se atrevió a moverse.

Emilio rio alegremente.

—Son unas máquinas, pero les agrada su robótica existencia —comentó.

—Daos prisa —nos apremió Lyssis—. De lo contrario, la alarma llegará hasta el refugio del Gran Constructor.

«Pecos» terminó de soltar a Iván y cargó con él. Era un chico fuerte y podía transportar a Iván sin dificultad alguna.

—Quietos aquí todos —ordené.

—Yo le cubriré la retirada —dijo Emilio.

Agarré la mano de Lyssis. Emilio disparó contra el interfono un par de veces. Los equipos de sonido y visión quedaron hechos trizas.

Emilio retrocedió. Yo cerré la compuerta interna y luego la segunda. «Pecos» corría ya por el túnel adelante, con Iván cargado sobre los hombros.

Un par de guardias aparecieron en aquel momento. Emilio se les anticipó por fracciones de segundo. Es preferible no decir qué quedó de aquellos sujetos tras las descargas. Eran humanos y no robots, con esto quedaba dicho todo.

De pronto, Lyssis me detuvo.

—Aquí, Clark.

Estábamos en la intersección de los dos túneles. Miré a Lyssis

desconcertado.

—¿Aquí? —dije.

—Levanta la mano lo que puedas —ordenó ella… el robot.

Hice lo que me decía. Luego apreté el botón de apertura.

Un gran círculo se separó del techo y empezó a descender suavemente hacia el suelo.

—Vaya —resopló Emilio—, si lo hubiéramos sabido antes…

El ascensor se detuvo al llegar al suelo. «Pecos», con su carga, y Lyssis, entraron antes. Yo les seguí y el último en hacerlo fue Emilio.

Lyssis se encargó de manejar el aparato. Nos sentíamos satisfechos, pues habíamos conseguido burlar a aquel asesino.

Lyssis lanzó el aparato hacía arriba a toda velocidad.

De no haber sido astronautas experimentados, difícilmente hubiéramos podido resistir una aceleración semejante.

Observé a Lyssis. Ella tenía la vista fija en el cuadro de mandos del ascensor, que era de forma circular. Había algunas esferas, en las cuales las agujas se movían rápidamente. Los signos, sin embargo, no eran terrestres. Imaginé que pertenecían al lenguaje de aquella raza misteriosa que había habitado Robotheria millares de años atrás.

Poco tardamos en notar una reducción en la velocidad. Minutos más tarde después de haber arrancado, el ascensor se detuvo.

La puerta era de tipo normal. Lyssis la abrió y nos encontramos en el exterior.

—¡Afuera! —ordenó.

«Pecos» y Emilio se precipitaron al exterior. Iván continuaba aún plácidamente dormido sobre los hombros del chico.

Di un paso hacia delante. De pronto, me percaté de que Lyssis se quedaba en el ascensor.

—Vamos —dije.

Ella sacudió la cabeza.

—No —contestó.

La agarré por un brazo y tiré, a pesar de sus protestas.

—Si piensas que te vas a quedar aquí, estás muy equivocada —rezongué. Noté que era fuerte, pero no se podía comparar conmigo.

Lyssis acabó por salir.

—Cometes un terrible error —me advirtió.

—El error sería dejarte ahí abajo —dije.

—Ahí es donde está mi puesto

—¡No me repliques más o te llevaré como lleva «Pecos» a Iván! —grité, y aquello pareció convencerla de la inutilidad de su resistencia.

Salimos fuera del ascensor. Una gran roca disimulaba la estructura del mecanismo de elevación. Emilio se dispuso a destrozar los aparatos de control de una descarga, pero Lyssis se lo impidió.

—Sería inútil. Hay más ascensores —dijo.

Miré a mi alrededor. El paisaje era terriblemente árido y desolado. Rocas, piedras, tierra y polvo, esto era cuanto había a nuestro alrededor.

¿Cómo hallar el rumbo exacto para llegar a la «Miss X»?

Emilio y «Pecos» me miraron. Ambos pensaban lo mismo.

—Hay un método infalible —dije—. El cielo, aquí, es de un color distinto; quizá la falta de vegetación influye en la transparencia de la atmósfera, aunque no en su composición gaseosa, por fortuna.

»Pero el sol de este sistema sigue brillando y se pone al ocaso y sale al amanecer. Yo me acuerdo muy bien de la dirección que seguíamos con respecto al momento de la salida del sol. Caminaremos cuanto podamos, dejaremos pasar la noche y, al amanecer, estableceremos el rumbo definitivo.

—Quizá podamos ver también Beta de la Ballena, capitán —sugirió Emilio—. Recuerde que Iván pensaba tomarla como punto de referencia para la órbita interestelar.

—Es cierto. Andando. ¿Lyssis?

Esta vez, Lyssis no se resistió. Con su liviana vestimenta, corrió a nuestro lado, sin volver a hacer mención de que debía regresar a la ciudad subterránea.

Salvo la pistola de Emilio, no llevábamos encima más que lo puesto.

Nuestra situación era sumamente crítica. Pasaríamos hambre y sed... y en un planeta donde, hasta el momento, no habíamos visto indicios de vida animal, solucionar el problema de la alimentación no iba a ser fácil.

Además, los esbirros de Grafforl se lanzarían en seguida en nuestra persecución. Tarde o temprano, aquel demente se enteraría

de nuestra fuga… si no lo sabía ya.

Nos relevamos en el transporte de Iván, que no daba señales de despertar. Lyssis dijo que tardaría bastantes horas; al parecer, estaban a punto de someterle a una operación bastante complicada cuando irrumpimos en el quirófano.

—Y nosotros nos hemos salvado por los pelos —dije, mientras avanzaba con rapidez.

Llevar a Iván significaba caminar más despacio. Esto reducía nuestras posibilidades, aunque, por el momento, no habíamos visto aún señales de los esbirros de Grafforl.

Sin embargo, era factible que dispusieran de vehículos. Se lo pregunté a Lyssis.

—Sólo hay una astronave, guardada en un silo subterráneo, pero no es apta para vuelos suborbitales —me contestó ella.

—No hay nave interestelar que no tenga uno o dos botes salvavidas —dije—. Y esos sí sirven para vuelos suborbitales.

Lyssis calló. No tenía nada que oponer a mi argumento.

Continuamos relevándonos para transportar a Iván. En un paraje desnudo de toda vegetación, era imposible soñar con construir unas angarillas para facilitar aquella tarea. Cada uno lo llevaba sobre sí, hasta que sentía que le faltaban las fuerzas. Entonces se lo pasaba al compañero que hacía más tiempo que lo había transportado.

Tres horas más tarde, rendidos y agotados, ordené hacer un alto para descansar.

—Treinta minutos —dije—. Luego continuaremos.

«Pecos» era un chicarrón como un castillo, pero era el que más rato había llevado a Iván sobre sus hombros. Dejó a Iván en el suelo y se tendió a su lado, en el suelo. Sus costados se movían como los de un perro después de una larga carrera.

Emilio se enjugó el abundante sudor de su frente con la manga de su camisa. Luego dijo:

—Capitán, aunque sé que no tengo derecho a pedírselo, convendría que nos explicase por qué se trajo a Lyssis con nosotros.

—Es muy sencillo —respondí—. Porque es una mujer.

XI

Desde el suelo, «Pecos» me miró con expresión de infinito asombro. Emilio dijo algo entre dientes.

—No estoy loco —dije—. Lyssis es una mujer. Que lo diga ella misma.

—Estás equivocado, Clark —habló Lyssis con voz tranquila, serena—. Soy un robot.

—Lyssis, no sé por qué te empeñas en ocultar tu verdadera personalidad —manifesté—. Todos los robots de allá abajo obedecen a Grafforl, Tú eres la única que no sólo le has desobedecido, sino que nos has ayudado a escapar.

—¿Quieres que te enseñe mi placa de orden? —preguntó.

—Piel artificial y, debajo, un cinturón de metal. Por eso no me dejaste nunca que te abrazara cuando estábamos a la orilla del río —contesté—. Emilio, «Pecos», vosotros sí abrazabais a Sybba y a Súrika, ¿no es cierto?

—En ese aspecto, tiene usted razón, capitán —dijo Emilio—. Y era una cintura muy flexible, aunque ahora me doy cuenta de que sólo había espuma de goma hábilmente tratada.

—Estás equivocado —declaró Lyssis—. Soy un robot..., aunque no me opongo a ir con vosotros. Mis circuitos me dicen que es preferible obedecer vuestras órdenes que no las de Grafforl.

Por alguna razón que se me escapaba en aquellos instantes, Lyssis se mantenía empeñada en mantener su identidad robótica. Después de algunos momentos de reflexión, debí no insistir más sobre el particular.

—Está bien, eres un robot —dije, haciéndome a la idea de que algún momento podríamos quedarnos a solas y dilucidar aquel enigma... el enigma de su obstinación—. Y ahora, ¿por qué no nos cuentas cómo ibais y veníais al río?

—Hay un túnel que llega hasta las inmediaciones, a unos quinientos o seiscientos metros de distancia. La salida del ascensor no se puede ver desde la nave; está en la contrapendiente de una loma —explicó Lyssis.

—¿Y la embarcación? —preguntó Emilio,

—Estaba allí desde hace bastante tiempo. El túnel termina en aquel lugar; en ocasiones, los humanos de Grafforl necesitaban pasar al otro lado del río.

—¿Por qué? —se extrañó Emilio—. Tienen botes voladores...

—Grafforl no permite que los usen —respondió Lyssis—. Sólo él tiene la llave de acceso al silo donde se encuentra la astronave.

—Confiado que es el hombre, vamos —dijo «Pecos» con sarcasmo—. Y, ¿qué hay de la hipnosis que nos hacía ver campos verdes donde solamente había piedras y rocas?

—Cesó cuando lanzasteis aquella descarga térmica...

—Eso ya lo sé —la interrumpí—. Lo que queremos saber es quién nos hipnotizó.

—Grafforl, a través de nosotras. Pero no era una hipnosis total; sólo consiguió haceros ver campos llenos de verdor más allá de donde terminaban realmente. El choque del fogonazo causado por la descarga térmica concluyó con la hipnosis.

—Aún tienes que explicarnos otra cosa más —dijo «Pecos».

—¿Sí? —contestó Lyssis.

—¿Por qué razón os envió Grafforl allí, junto a la «Miss X»?

—No era la primera vez que íbamos —confesó ella—. Bien, exactamente a aquel lugar, no, pero sí a parajes donde habían aterrizado otras astronaves.

—Para seducir a sus tripulantes, ¿no es así?

Era yo el que había hablado. Lyssis me miró con lo que parecía expresión dolida.

—Yo... lo siento... Entonces, obedecía sus órdenes, como todas...

—¡Pero sólo vinieron seis! —exclamó Emilio—. No siete u ocho o dos o tres, sino seis... justo el número de los tripulantes que habíamos saltado a tierra, porque Richard se había quedado en la nave. ¿Es que Grafforl sabía el número de hombres que viajábamos en la «Miss X»?

—Imagino que vio la nave a través de algún telescopio con objetivo externo —respondió Lyssis—. No creo que conociera el número exacto de tripulantes, aunque debió, por experiencia, calcularlo aproximadamente. En todo caso, al día siguiente habría rectificado el número de nosotras... quiero decir de robots.

—Enviando más o menos, según los tripulantes que viajaran en la nave —dije—. Pero ahora, los que se han quedado allí pueden sufrir el ataque de...

—No les atacarán. Grafforl sabe que la nave lleva armas demasiado poderosas para combatirla de otro modo que con la astucia. Además, os tiene a vosotros.

—Nosotros nos hemos escapado —dije.

—Él nos perseguirá. Sólo necesita a cuatro humanos; dice que es el número perfecto para su experimento.

Moví la cabeza en gesto pensativo.

—Ese Grafforl es un hábil conocedor de la naturaleza humana. Envió a seis chicas para seducirnos. Inevitablemente, acabaríamos enterándonos de que erais robots… pero también, alguno flaquearía… y los demás tratarían de rescatarle.

—Sí —confesó Lyssis.

—Está bien. No hace falta saber más, por el momento—dije—. ¡En marcha!

—Lo dudo mucho, capitán —murmuró Emilio—. Preveo dificultades.

Hablaba con el brazo extendido. Todos volvimos la cabeza en aquella dirección.

«Pecos» soltó un rotundo juramento.

—¡Van a darnos caza! —gritó.

Una docena de hombres corrían hacia nosotros, lo más probable armados todos ellos. Se les veía subir y bajar por las irregularidades del terreno, apareciendo y desapareciendo alternativamente.

Pese a la claridad gris del ambiente, la visibilidad era muy buena. Calculé que estaban a unos trescientos metros.

—Nosotros hemos descansado —dije—. Ellos llevan corriendo todo el tiempo y podemos mantener siquiera la ventaja hasta que llegue la noche.

Era una esperanza ilusoria. De repente, vimos que se desplegaban para rodearnos.

Uno de ellos se arrodilló y tomó puntería con su rifle.

—¡Al suelo! —ordené.

Una fracción de segundo más tarde, salió el tiro.

Oímos claramente el silbido de la bala acercándose a nosotros. Luego alcanzó su blanco.

Se oyó un ruido de metal que crujía y de delgadas planchas atravesadas por el proyectil, así como un leve chisporroteo, como el producido por unos finísimos hilos de cobre en cortocircuito de muy baja tensión. Lyssis cayó de espaldas como si fuese un tronco de árbol recién cortado.

Más balas silbaron en torno nuestro, pero yo no escuchaba ya

sus silbidos ni el sonido de sus impactos contra las rocas que nos rodeaban. Mi vista estaba fija en el destrozado cráneo de Lyssis, del que surgía una leve humareda, procedente del aislante quemado por los cortocircuitos.

Media cara le había desaparecido, volada por el proyectil, y a través del boquete podía ver metal y plástico protector, no carne y huesos sangrantes.

Alguien, cerca de nosotros, gritó:

—¡Ríndanse! ¡Están rodeados y no pueden escapar! «Pecos» había agarrado un par de pedruscos para defenderse de cualquier manera. Los dejó caer al suelo cuando vio el círculo de fusiles encarados hacia nosotros, que se iba estrechando cada vez más.

Emilio bajó la vista al suelo y se estremeció.

—Lyssis tenía razón, capitán. Era un robot.

* * *

De nuevo estábamos en nuestro encierro, abatidos y desmoralizados por la segunda captura.

Mi desmoralización era aún mayor que la de los otros. Había creído firmemente que Lyssis era una mujer, que desempeñaba el papel de robot… y una bala de rifle había venido a disipar mis ilusiones.

Después de encerrarnos por segunda vez, nos trajeron comida y ropas limpias. En medio de todo, era preciso poner buena cara al mal tiempo y nos aseamos a conciencia, tras de lo cual atendimos a nuestros estómagos.

Varias horas después, fui conducido, con los mismos requisitos que la vez anterior, a presencia de Grafforl.

Sin embargo, en esta ocasión fui yo solo. Iván estaba en otra celda; apenas había tenido tiempo de recobrar el conocimiento cuando llegamos de nuevo a la ciudad subterránea.

Me senté frente a la pantalla donde aparecía Grafforl. En la penumbra de la estancia, pude darme cuenta de que sólo había un taburete.

Esperé cosa de un par de minutos. Grafforl se hizo visible por fin.

Estaba muy enojado, tanto, que incluso sudaba un poco.

Lo dijo sin rodeos:

—Me han hecho perder un tiempo precioso coa una fuga estúpida. No tenían ninguna posibilidad de escapar.

—Tal vez —admití—, pero lo que quizás ignore es que hemos fijado un plazo prudencial para el regreso a mi nave. Si no volvemos, los tripulantes que quedan allí, vendrán y arrasarán la ciudad.

—A menos que lancen una bomba que destruya Robotheria totalmente, no lograrán nada —se burló Grafforl—. Ustedes se quedarán aquí, aunque no para siempre, por supuesto.

—Luego nos mandará por la Galaxia a esparcir su mensaje de destrucción, ¿no es eso?

—Depende de los puntos de vista —contestó el científico—. Ahora, mis cirujanos empezarán de nuevo a trabajar con su compañero. Ustedes le seguirán dentro de dos o tres días.

—Y saldremos convertido en uno solo y cuatro a la vez.

—Sí, pero luego se multiplicarán. Se lo digo a usted, porque es el jefe de sus compañeros. No intenten una nueva fuga.

Los ojos de Grafforl brillaron de manera extraña.

—Tengo de tiempo toda una eternidad —agregó—. Así que no me importará esperar lo que sea, hasta que venga otra nave.

—Y envíe a sus sirenas a seducir a sus tripulantes.

—No me negará que es un medio más que ingenioso —sonrió Grafforl—. ¿Qué es lo que más desea un astronauta, después de una larga permanencia en el espacio?

—Se ve que es un hábil conocedor de las flaquezas humanas. Siempre habrá un Iván que arrastre a sus compañeros, ¿no es así?

—Siempre —asintió Grafforl, satisfecho—. Bien, creo que ya no tenemos más que decirnos, capitán. Hablaremos después de la operación.

—¡Un momento! —pedí—. Aguarde, por favor.

Grafforl me miró con recelo.

—¿Qué quiere? —preguntó.

—Nos han despojado de todo…

—Es lógico, ¿no?

—Sí, pero hay cosas que a usted no pueden hacerle daño y que a nosotros, sino de utilidad, nos entretendrían bastante durante el encierro.

—¿Qué es lo que desea?

—Tabaco. Y fósforos.

—No puedo permitir que fumen. El humo del tabaco alteraría el equilibrio de la atmósfera interna.

—¿Por qué no manda un par de esbirros con un látigo a azotarnos? —comenté con burla—. ¿Tampoco podemos jugar a las cartas?

—¿Cartas? —repitió Grafforl, extrañado.

—Sí, tengo un mazo de naipes en mi mochila. Al menos, nos distraeremos y no le envenenaremos la atmósfera... como no sea con los insultos que pensamos dedicar a su memoria.

—Está bien, haré que les envíen las cartas. Eso es todo.

La pantalla se apagó y Grafforl desapareció de mi vista. Sonreí satisfecho.

Era cierto que llevaba los naipes en la mochila. Me imaginaba que desharían el mazo para comprobar que no tenía oculto nada sospechoso en su interior.

Pero al quitarlo de su sitio, la señal de alarma automática de mi transmisor se pondría en funcionamiento.

Y Rufe, Richard y Matías no eran tontos.

Sabrían hallarnos.

Me levanté de mi taburete y di la vuelta. Inmediatamente, una cinta deslizante se puso en movimiento, al mismo tiempo que desaparecía el resplandor, dejándome sumido en la oscuridad.

La cinta se inclinó unos metros más adelante. Tras unos balanceos, conseguí restablecer el equilibrio.

Transcurrieron algunos segundos. De pronto, noté algo que me hizo sentir escalofríos de miedo.

Era una mano que tanteaba el cuerpo.

Los dedos, fríos, pero sensibles, tocaron mis mejillas. Luego bajaron por el hombro y brazo derechos, hasta llegar a mi mano.

Entonces, sentí que me ponían entre los dedos un objeto de forma oblonga. Antes de que pudiera formular la menor pregunta, cesó el contacto de aquella mano misteriosa.

XII

Emilio y «Pecos» se echaron encima de mí, acosándome a preguntas, apenas me vieron de vuelta.

—Esperad un momento —repliqué.

Me volví hacia la puerta y aguardé hasta que el muro hubo recobrado su lisura habitual. Entonces, metí la mano en el bolsillo y saqué el objeto que el desconocido me había entregado en el pasillo oscuro.

—¿Otra llave? —exclamó Emilio, atónito.

—¿Quién se la ha dado? —preguntó «Pecos».

—No lo sé —respondí.

Los dos me miraron con aire incrédulo.

—Vamos, capitán, no nos diga que le vino volando desde los aires —refunfuñó Emilio.

—Pues, si uno fuera supersticioso, casi podría afirmar una cosa semejante —contesté.

Y les expliqué lo que me había sucedido a la vuelta de mi entrevista con Grafforl.

—¿Era una mano de mujer? —preguntó «Pecos»,

—Al menos, así me lo pareció a mí —contesté—. Aunque tenía los dedos bastante fríos...

Me interrumpí de pronto. Acababa de notar en la cajita algo extraño.

Le di la vuelta. En el reverso, había adherido algo parecido a una fina película del mismo color oscuro que la caja.

La despegué con una uña. La película servía para disimular el minúsculo trocito de papel que apareció casi de inmediato, plegado en varias dobleces.

Emilio y el chico me miraban con la respiración contenida. Desplegué el papel y leí las cortas líneas escritas en el mismo:

> *Esta vez no fallaremos. Aguarden hasta que les dé la señal. No se impacienten ni hagan nada mientras yo no se lo diga.*
>
> *L.*

Después de la lectura, sobrevino un denso silencio.

—Eso no es posible, capitán —dijo Emilio al cabo.

—Lyssis... bueno, el robot de ese nombre, quedó inservible

después del disparo que le destrozó la cabeza —añadió «Pecos».

¿Era posible que hubiese otro robot-mujer con un nombre de idéntica inicial?

De pronto, sentí que me flaqueaban las piernas.

Me senté en el lecho. Debí de palidecer horriblemente, porque Emilio y «Pecos» se sintieron muy alarmados.

—¿Se ha puesto malo, capitán?

—¿Qué le ocurre, señor?

Moví la cabeza,

—No es nada físico —contesté—. Pero… ¿os acordáis de lo que nos dijo Grafforl en nuestra primera entrevista?

—Sí, habló de fundirnos en uno…

—Y luego multiplicarnos por no sé cuantos.

—Bien, pero nosotros pertenecemos al sexo masculino —dije—. El no mencionó para nada que no fuera a hacer lo mismo con cuatro mujeres.

Emilio me miró con la boca abierta.

—¿Y para qué querría hacer una cosa semejante? A fin de cuentas, tan robots serían unos como otras, capitán —exclamó.

—Olvidas una cosa, Emilio —dije.

—¿Sí?

—Las reacciones de un hombre son muy distintas de las de una mujer. Esto, a la fuerza, tiene que reflejarse en los cerebros que heredarán nuestras cualidades. Los miles o millones de robots que aparezcan obrarán como hombres.

»Pero, lo más probable es, así lo creo yo, que acaben siendo tan perfectamente fabricados, que resulte imposible distinguirlos de los humanos. ¿Ya no recordáis lo que sucedió a orillas del río?

Emilio asintió.

—Incluso los haría más perfeccionados. Y necesitaría robots femeninos para introducirse en donde un robot masculino no podría entrar, a menos que delatara su condición.

—Cosa que no creo le convenga en absoluto, no al robot, sino a Grafforl, que piensa dirigirlos a todos —añadió «Pecos».

Agité el papel.

—Por tanto, ha muerto una Lyssis, pero aún quedan más —dije.

—¿Y el original? —preguntó el chico.

Cerré los ojos un instante.

—Un duplicado fue destrozado en las rocas —dije—. Grafforl fue harto explícito al respecto. Destruiría nuestros cuerpos una vez hubiese extraído de nuestros cerebros los conocimientos necesarios.

—Así debió de ocurrir con Lyssis-humana, antes de que Lyssis-robot recibiese aquel balazo —dijo Emilio en tono lúgubre.

En aquel instante, sentí un odio infinito hacia Grafforl.

No había conocido a Lyssis en su figura humana, sino tan sólo a un robot con su aspecto, del cual, no me avergüenza confesarlo, me había enamorado perdidamente. Pero la idea de que su cuerpo yaciese bajo alguno de aquellos cerros pedregosos se me hacía insoportable.

—Capitán, de todas formas, Grafforl cometió un error —dijo «Pecos».

Miré al chico.

—¿Cuál? —pregunté.

—Algunas de las cualidades de Lyssis que él quería anular pasaron a los robots que tienen ahora su figura. No le son tan fieles a Grafforl como a usted.

Aquello me dejó pensativo.

—Sí —manifestó —, tienes razón. Quizás, en sus últimos momentos, Lyssis se rebeló, consciente o inconscientemente, contra los planes de Grafforl, y ese sentimiento de rebelión pasó a los nuevos cerebros.

—Que deben de ser imperfectos por la misma causa —añadió Emilio—. Recuerde lo que dijo ese chiflado: con nosotros habrían llegado al máximo.

—Y Lyssis está muerta —murmuré en tono sombrío—. Grafforl confesó que muchos humanos habían muerto en los experimentos.

—Pero, entonces, ¿por qué conserva los robots con su apariencia? —exclamó «Pecos».

—Tal vez no tiene tantos como quisiera y no puede permitirse el lujo de destrozar lo que, a fin de cuentas, son unas máquinas valiosísimas —opinó Emilio.

—Y Lyssis debió de quedar como prototipo físico de las tres mujeres que murieron con ella —dije yo. Luego añadí—: Una cosa hay segura. Grafforl pagará la muerte de Lyssis-humana y todas las de los demás desgraciados que murieron por satisfacer sus ansias de megalomanía.

—¡Cuidado, capitán! —dijo «Pecos» de pronto—. Viene alguien.

El muro se hizo transparente. Momentos después, una linda robot nos traía una bandeja con comida, en la cual venía el mazo de naipes que había pedido.

La robot se marchó. «Pecos» preguntó para qué queríamos las cartas, si no teníamos encima un solo centésimo de solar.

—El mazo de naipes estaba apoyado en el transmisor de radio —dije.

—¿El de la señal de alarma automática? —preguntó Emilio,

—Justamente.

—Pero estamos s. cientos de metros bajo tierra…

—Recuerda, Emilio —sonreí—. Es un transmisor para comunicaciones subespaciales. Los obstáculos no existen para un aparato semejante.

Emilio abrió una boca de oreja a oreja.

—Lo cual significa que Rufe, Richard y Matías vendrán a salvarnos —dijo.

—Así lo espero —contesté—. Y nos hará falta su ayuda, aparte de la que podamos obtener de Lyssis.

—Esto empieza a tomar otro cariz —declaró el chico—. ¡A comer!

* * *

Las horas pasaban lentamente,

Empezamos a desconfiar de Lyssis. En cuanto a los tripulantes de la «Miss X» no creíamos que llegasen tan pronto.

Desconocían el terreno, tendrían que moverse con gran cuidado… No sería una labor fácil ni rápida la suya.

Hicimos tres comidas antes de tener nuevas noticias de Lyssis.

Llegaron en forma de un mensaje, situado bajo uno de los platos de la comida.

Estad preparados.
L.

El momento de actuar se acercaba. Teníamos los nervios en tensión.

¿Vendría ella... su doble?

Comimos apresuradamente. Apenas si separábamos los ojos del trozo de pared que servía de puerta.

Antes de que se iniciase la transparencia característica de su apertura, hubo de transcurrir una hora larga, infernalmente larga. Cuando la persona que venía se hizo visible, me llevé una gran decepción.

Era uno de los guardias de Grafforl, de aspecto brutal y mal encarado. Otro quedó en el umbral exterior.

—Salgan —ordenó el individuo.

Tenía una pistola vibratoria en la mano.

—No intenten escapar. Dispararé en el acto —nos advirtió de modo truculento.

Miré a mis compañeros. ¿Debíamos resistir a pesar de todo?

El esbirro pareció adivinar mis pensamientos.

—Repito que no deben intentar ninguna resistencia —dijo—. ¡No lo intenten! —repitió.

Le miré a la cara. El tipo mantuvo sus ojos clavados en los míos.

A veces, uno debe fiarse de los presentimientos. Decidí confiar en el guardia. Siempre habría tiempo de deshacerse de él.

—Muchachos, ya habéis oído —dije—. Portaos bien.

—Sí, capitán —contestaron Emilio y «Pecos» a dúo.

Salimos afuera. La cinta nos llevó hasta la ya conocida intersección.

Una vez allí, el guardia hizo bajar el ascensor. Nos metimos en él. Su compañero nos vigilaba sin descanso.

—Maneja el ascensor, tú —ordenó el individuo.

—Bien —contestó el otro.

Se acercó al cuadro de control. Entonces, el guardia le asestó un fenomenal golpe en la cabeza con el cañón de su pistola, derribándole al suelo fulminado.

—¿Qué diablos...? —empezó a decir Emilio.

—Silencio —nos ordenó el guardia—. No hablen en absoluto.

Emilio se apoderó de la pistola del caído.

—¿Piensas ayudarnos? —le pregunté.

—Sí, por dinero —confesó el sujeto—. Lyssis me lo ha prometido en vuestro nombre. Doscientos cincuenta mil solares.

Era una suma exorbitante, pero merecía la pena.

—La tendrás —aseguré—. ¿Cómo te llamas? —pregunté.

—Sunic. —Hizo una mueca—. No me gusta vivir en un subterráneo. Tenemos de todo... menos aire puro, una taberna con buen vino...

—Y mujeres que sólo son máquinas —comentó Emilio con burla,

Sunic hizo un gesto de repugnancia.

—Me dan asco —dijo—. Capitán, cuento con ese cuarto de millón.

—Mi palabra es como moneda legal —aseguré—. ¿Adónde nos llevas?

—Lyssis les espera.

—Es un robot, ¿verdad? —preguntó «Pecos».

—¿Qué querías que fuera? —respondió Sunic en tono desdeñoso.

XIII

El ascensor se detuvo después de un viaje mucho más cortó que en la ocasión precedente.

Sunic abrió la puerta con grandes precauciones y oteó el panorama. Después de haber comprobado que no existía el menor peligro, movió la mano.

—Pueden salir —indicó.

Así lo hicimos, Sunic se inclinó y sacó a rastras el cuerpo de su compañero, todavía inconsciente.

—Sigan durante diez pasos. Lyssis está en la pared de la izquierda.

Conté los diez pasos y puse en funcionamiento la llave descohesiva. Mientras, pude darme cuenta de que nos hallábamos en un corredor idéntico al que ya conocíamos, Pensé que debía de haber varios niveles en aquella ciudad subterránea.

¿En cuál de ellos se encontraba Grafforl?

Las dos puertas se abrieron sucesivamente, Lyssis se puso en pie al vernos.

No había la menor diferencia entre ella y el robot que había muerto en la zona desértica. Avancé despacio hacia ella y la miré a los ojos.

Era la imagen viviente de una mujer que había muerto.

—Gracias, Lyssis —dije.

Sunic entró con su colega, aún inconsciente.

—Cierre, por favor, capitán —dijo el guardia.

Entregué la llave a Emilio.

—Lyssis, ¿qué vamos a hacer ahora?

—Quiero ayudaros a escapar —dijo ella.

—¿Crees que podrás conseguirlo?

—Eso espero. Sunic nos ayudará.

—Correremos muchos peligros —refunfuñó el guardia.

—Cállese —le ordené—. Lyssis, ¿fuiste tú la que me entregó la llave en el túnel de acceso al refugio de Grafforl?

—Fue... otra Lyssis —contestó ella.

—¿Cuántas sois?

—Ahora, tres. Una ha muerto.

—Ha dejado de funcionar —le corrigió Emilio.

Levanté una mano.

—Deja que hable —rogué—. ¿Sabe alguien que estamos aquí?

—Sí, era inevitable.

—No entiendo...

—Tengo que haceros unos estudios psiquiátricos. Tuve que pedir permiso a Grafforl —contestó.

—Comprendo. Y piensas aprovechar la ocasión para ayudarnos a escapar.

—Contamos con la ayuda de Sunic —dijo—. Pero sentaos; es forzoso que permanezcáis aquí durante algún tiempo. Salir ahora podría resultar sospechoso.

—Comprendo —dije, mientras paseaba la vista a mi alrededor.

La habitación era más amplia de lo ordinario y, realmente, parecía el consultorio de un psiquiatra. Había un cómodo lecho en uno de los ángulos y, junto al mismo, una máquina que calculé debía de ser una grabadora, así como otros instrumentos de registro y medida; presión, temperatura, respiración, electroencefalogramas y cardiogramas... A ambos lados, se veían sendas puertas.

Lyssis dijo:

—Iván está en la habitación de al lado.

—¿Han tocado su cerebro? —preguntó «Pecos».

—Todavía no. He conseguido retrasar la operación. El motivo

aparente es que sufrió un «shock» después de la evasión.

—Es decir, que las pruebas psiquiátricas deben realizarse en completa tranquilidad de ánimo —dije.

—Después de haber convencido al paciente de que cualquier resistencia es inútil, por supuesto.

—A mí no me convencerás —dije, moviendo la cabeza. Y, de pronto reparé en un detalle.

Me acerqué a uno de los muros. Pendiente del mismo, vi lo que parecía un plano de la ciudad subterránea.

—¿En qué nivel nos hallamos? —pregunté.

—En el séptimo, contando desde la superficie.

Asentí con la cabeza. Había un lugar marcado con un gran círculo rojo. Estaba dos niveles por encima del que nos hallábamos y a unos doscientos metros de distancia, paralelo al túnel que representaba la tilde de la T,

—Ése es el refugio del Gran Constructor, ¿no es cierto? —pregunté.

—Sí —admitió Lyssis.

Reflexioné unos momentos.

—¿Cuánto tiempo debemos estar aquí para poder salir sin despertar sospechas?

—Tres horas, por lo menos.

—Está bien; hay tiempo más que suficiente.

—¿Qué piensas hacer? —preguntó Lyssis.

En lugar de contestarle, giré en redondo y me acerqué a donde yacía el guardia desmayado.

—¿Cómo se llama tu amigo, Sunic? —pregunté.

—Karbeth —contestó.

—Muy bien, es todo lo que necesitaba saber.

Y empecé a desabrocharle la blusa del sencillo uniforme que los diferenciaba de nosotros.

—Capitán —preguntó «Pecos»—, ¿va a ir a visitar a Grafforl?

—Justamente —contesté.

Emilio comprendió mi idea y me ayudó a desvestir al guardia. Pocos momentos después, habíamos cambiado las ropas.

Miré a Lyssis. Estaba de espaldas a nosotros.

—Ya puedes volverte —dije.

Ella obedeció.

—Es una locura —exclamó.

Me encogí de hombros y enfundé la pistola vibratoria que Emilio me había dejado. «Pecos» me pidió con gran vehemencia que le permitiese acompañarme.

—No —contesté—. Si... no vuelvo, escapad en el momento oportuno. Y ya sabéis lo que hay que hacer con la nave y el cargamento.

Desde la puerta, añadí:

—Por supuesto, no os olvidéis de pagar a Sunic la suma convenida.

Momentos más tarde, estaba en el túnel.

Hice bajar el ascensor. Había podido fijarme ya en los signos de los mandos y no me resultó difícil llegar al quinte nivel, que era donde estaba el refugio de Grafforl.

Entonces me fijé en una cosa.

Durante todo aquel tiempo, había tenido la obsesión de que la ciudad subterránea estaba atestada de gente. No era así.

Grafforl no habría podido regir una ciudad con varios miles de personas. A lo sumo, dirigía a varios cientos, de los cuales, la inmensa mayoría eran robots.

Así se explicaba que le obedecieran todos. Miles de personas habrían acabado por provocar incidentes, a la corta o a la larga. Grafforl podía prometer grandes recompensas e incentivos por ayudarle, pero en una situación semejante, no falta quien se canse... y Sunic era la mejor prueba de mi argumento.

Y ello explicaba también que los túneles se vieran desiertos.

Memorizando el plano, acabé por llegar al punto donde suponía debía encontrarse el refugio de Grafforl. Inspiré profundamente, antes de poner en funcionamiento la llave descohesiva.

Una puerta se abrió. Y otra. Y pasé al lugar de nuestras entrevistas.

Estaba iluminado y no ofrecía nada de particular. La penumbra que había reinado durante nuestras visitas era sólo un ardid destinado a impresionar espíritus timoratos.

En uno de los lados vi el arranque del túnel inclinado. La cinta transportadora estaba parada. Debía de haber puertas laterales, calculé; ello explicaba que Lyssis me hubiera entregado la llave.

Sin embargo, no se veían otras puertas. La pantalla tras la cual

aparecía Grafforl estaba apagada.

Me acerqué a examinarla. Resultaba imposible ver lo que había al otro lado.

¿Se trataba de una simple proyección televisual?

Usé la llave, paseándola por las paredes, hasta que la lámpara verde empezó a centellear. Entonces abrí la puerta.

Pasé a un corredor pequeño que doblaba en ángulo izquierdo. Seguí adelante y, de pronto, me hallé ante lo que parecía un pequeño pupitre, con una silla.

Delante del pupitre había un cristal esmerilado, Una sonrisa apareció en mis labios.

Vi también unos cuantos botones de control. Saqué la pistola, por si acaso, y, con la mano izquierda, empecé a presionar los botones.

El cristal se hizo transparente y me permitió ver la sala de las entrevistas. Un chorro de luz salía por el vidrio e iba a dar de lleno en el lugar donde estaban las sillas que habíamos ocupado y de las cuales no se veía ahora más que una.

La luz no era muy intensa; debía de producir un suave deslumbramiento, como nos había pasado a nosotros, que apenas lo habíamos notado. En cambio, Grafforl había visto con toda claridad nuestras caras y las reacciones que en ellas se reflejaban.

Observé que el pupitre era demasiado elevado, casi me llegaba su borde superior a la altura del pecho. Esto aparte, el suelo que lo sustentaba se hallaba a cosa de cuarenta centímetros sobre el nivel de la sala de entrevistas, como una especie de estrado, separado por una mampara.

El que interroga, cuando está en alto respecto del interrogado, cuenta siempre con la ventaja psicológica que supone una posición más elevada. Grafforl, viejo zorro, no desconocía este axioma y lo había puesto en práctica con nosotros.

Y con otros muchos antes que nosotros, era fácil presumirlo.

Miré a mi izquierda. El corredor se prolongaba a lo lejos, doblando luego a la derecha, sin que se le viera el fin.

¿Era allí donde Grafforl tenía sus habitaciones particulares?

¿Cómo y dónde vivía un hombre del que sólo se conservaba la cabeza?

De pronto, oí unos pasos por el corredor.

Inmediatamente, apagué todas las luces y me agazapé bajo el pupitre. En la mano derecha tenía la pistola, dispuesto a utilizarla en el momento en que viera mi vida en peligro.

Dos hombres se acercaron, caminando con bastantes prisas. Parecían haber recibido unas órdenes perentorias, a juzgar por su diálogo.

—Los prisioneros se han escapado de nuevo —decía uno.

—Quebraderos de cabeza para todos nosotros —masculló el otro.

—Me conformaría con que solo fueran simples quebraderos de cabeza. Ellos son hombres verdaderamente peligrosos.

—Aquí tengo yo algo que calma los peligros —dijo el guardia muy ufano, palmeándose la culata de la pistola.

Entraron en aquel cuarto y siguieron adelante, pero no dieron dos pasos sin oír mi voz a sus espaldas.

—Caballeros, tienen ustedes toda la razón, Somos muy peligrosos. Por favor, las manos en alto.

Los tipos se quedaron rígidos en el acto.

Uno de ellos obedeció. El otro, tras una brevísima pausa, se revolvió arrojándose contra mí.

Hay que reconocer que era un valiente, Se necesitan redaños para tirarse de cabeza contra un individuo que le apunta a unos con una pistola vibratoria.

Hubiera podido matarle, pero no soy un tipo sanguinario. El guardia no intentó sacar su pistola, que es cuando yo hubiese disparado sin compasión,

A su modo, era leal al que le pagaba. Pero yo era leal a los míos y debía luchar con ellos. Me aparté a un lado, dejándole pasar, y entonces bajé la mano armada.

El cañón de la pistola chocó contra su nuca, produciendo un ruido hueco. El tipo soltó un gemido y se desplomó de bruces al suelo.

Su compañero había bajado las manos y tenía una de ellas en la tapa de la fonda de su pistola. Se dio cuenta de que no podría sacar el arma y desistió, con un suspiro de resignación.

—¡Arriba las manos otra vez! —exclamó, no sin cierto sentido del humor.

—Esto está bien —concordé—. Te dejaré que saques la pistola,

pero sólo con dos dedos. No intentes usarla contra mí; simplemente, limítate a dejarla en el suelo, a tus pies. ¿Enterado?

El guardia hizo lo que le ordenaba. Luego, a una indicación mía, golpeó la pistola con el pie y la envió hacia donde yo estaba.

—Bien —dije, satisfecho—, esto es otra cosa. Pon las manos sobre la nuca y no las muevas.

Sin dejar de mirarle, quité la pistola al otro guardia, que estaba desvanecido. Ahora, con un arma en la mano y dos más metidas en el cinturón, debía de parecer un pirata,

—¿Hay alguna habitación por aquí cerca? —pregunté.

—Sí, a unos diez metros...

—Está bien, carga con tu compañero y ve delante de mí.

Momentos después, estábamos en la habitación. El guardia desmayado fue depositado sobre un lecho, en tanto que el otro permanecía con las manos en alto y las espaldas apoyadas en la pared opuesta.

—Grafforl vive en alguna parte —dije—. ¿Queda muy lejos su… lo que sea, habitación, celda, invernadero…?

—Al final del corredor por donde veníamos —contestó el guardia—. Pero hay cuatro hombres más con él.

—¿Por qué? —pregunté.

—Tienen que llevarle hasta la sala de entrevista —respondió el guardia con gesto enigmático,

¿Estaba yo confundido —me pregunté—, verdaderamente, Grafforl era una cabeza sin cuerpo?

—De modo que tienen que transportarle.

—Claro, él solo no puede hacerlo.

—Muy bien. Y, ¿a quién va a ver en la sala de entrevistas?

—A un tipo llamado Iván —contestó el sujeto—. Piensa tenerlo como rehén hasta que sus compañeros se entreguen.

XIV

Reflexioné unos momentos.

Emilio y «Pecos» debían de estar escondidos en alguna parte, de lo contrario, el guardia no se habría expresado de tal manera. Quizá Lyssis había tenido tiempo de ocultarlos, pero no le había quedado

otro remedio que entregar a un Iván embotado por las drogas y con su capacidad de reacción poco menos que anulada.

—Está bien —dije—. ¿Tienes encima alguna llave descohesiva?

—Sí, todos disponemos de una —contestó.

Alargué la mano izquierda.

—Dame la tuya y la de tu compañero —ordené.

A primera vista, había podido darme cuenta de que la habitación carecía de interfono. No debía de haber muchas con sistemas de comunicaciones internas; con toda seguridad, Grafforl se había limitado a utilizar la ciudad subterránea tal como la había encontrado.

Su suerte había sido el hallar algo tan perfecto que había podido resistir miliares de años sin el menor deterioro. Me pregunté quién habría realizado aquella magistral operación quirúrgica para separarle la cabeza del cuerpo.

Era un detalle secundario, al menos por el momento. Con las dos llaves en la mano, tenía la seguridad de que no sería perseguido o podrían escapar para dar la alarma.

Un minuto después, me hallaba en el pasillo. Aquel sistema de cerraduras era muy bueno; a menos que se derribase a cañonazos, la puerta no se podía abrir sin su llave especial, pero, en cambio, tenía el inconveniente de la lentitud en abrir y cerrar.

La residencia de Grafforl estaba situada al fondo del corredor, según me había informado el guardia. Pero había cuatro hombres con él. Era preciso actuar con infinita prudencia para evitar un grave contratiempo.

Caminé con suma cautela a lo largo del corredor. De pronto, al doblar la esquina, vi a un hombre que salía por una de aquellas puertas tan extrañas.

El sujeto parecía bastante preocupado y no me dio la sensación de que fuese uno de los guardias anunciados por mi prisionero. Sin verme siquiera, continuó su camino a lo largo del corredor.

Momentos después, desaparecía de mi vista. Invadido por la curiosidad, me acerqué al lugar del muro por donde había salido y puse mi llave en funcionamiento.

Dos puertas se abrieron y cerraron sucesivamente. Al franquear la segunda, me encontré con algo por completo inesperado.

Estaba en un gigantesco silo, muy iluminado, en cuyo interior se

albergaba una nave interestelar de enormes dimensiones, tan grandes o más que la «Miss X». El techo, se veía claramente, era metálico y debía abrirse apenas la nave iniciase las operaciones preliminares para el despegue.

Por un instante, me sentí tentado de inutilizarla. Luego pensé que podía servirnos a nosotros como medio de escape; aunque no era del mismo tipo que la «Miss X», había pocas naves cuyo funcionamiento desconociesen unos veteranos del espacio, como éramos nosotros.

A la derecha había unas mesas de trabajo con documentos entre otras cosas, aparte de unos cuadros de control, que imaginé debían de servir para pruebas estáticas de motores e instrumentos auxiliares. Sobre una de las mesas encontré algo que se me antojó precioso: un paquete de tabaco y una tira de fósforos.

Me puse un cigarrillo en la boca y fumé con verdadera satisfacción. Luego examiné por encima los documentos.

Algunos de ellos parecían interesantes y me los guardé para examinarlos con mayor detenimiento en otra ocasión. Una vez hube terminado allí, regresé sobre mis pasos.

Cuando iniciaba la apertura de la puerta que daba al túnel, vi desfilar delante de mí una extraña procesión.

Fue una visión fugaz, apenas entrevista, debido a que la puerta no se había transparentado aún del todo. Quizá por eso mismo ellos no me vieron.

Cuatro hombres pasaron, transportando un gran cajón cuadrado, del que sobresalía una cabeza humana. Así tenía que viajar Grafforl. Ventajas de haberse dejado quitar las piernas voluntariamente.

Esperé unos minutos, hasta que los cuatro guardias se hubieron retirado. Por lo que yo recordaba, a Grafforl no le gustaban extraños en las entrevistas.

Entonces salí al túnel y lo vi desierto. Corrí silenciosamente a lo largo del mismo, hasta llegar a la entrada del cuarto desde el cual el megalómano Gran Constructor interrogaba a sus prisioneros.

Asomé la cabeza con sumo sigilo. Grafforl estaba allí, hablando con Lyssis e Iván. Éste se hallaba sentado, con actitud de embotamiento, mientras Lyssis permanecía en pie a su lado.

—Los tres prisioneros han escapado —decía Grafforl en aquel instante—. Te necesito, Lyssis; por eso te he perdonado la vida.

Pero no me hagas perder más la paciencia. Dime dónde están…

—No lo sé. Se escaparon —contestó ella con voz monótona, sin inflexiones.

—¡Por última vez! —tronó Grafforl.

Y su mano se apoyó en un botón.

—¡Habla! —rugió.

Lyssis vaciló. Era preciso intervenir, me dije.

—Grafforl, quite la mano de ese botón o liquido lo último que queda de su cuerpo —le amenacé.

La sorpresa del demente fue enorme. Giró la cabeza y me miró con los ojos dilatados por el asombro.

Lyssis me vio también y lanzó una exclamación de alegría,

—No te muevas —dije—. Sigue ahí, con Iván.

Grafforl continuaba mirándome.

—Esto se ha acabado —dije.

—¿Va a matarme? —preguntó Grafforl, con expresión de terror.

Reflexioné unos instantes. De pronto, saqué aquellos documentos y les prendí fuego con una cerilla.

Era una antorcha llameante, que agité delante de la cara de Grafforl. Tan sólo quería comprobar una cosa.

Grafforl lanzó un chillido. De repente, su cabeza desapareció en el interior del cajón.

Todo un lado del cajón giró de pronto y un hombrecillo menudo, de piernas ridículamente delgadas, salió fuera y echó a correr, derribándome casi con el ímpetu de su arranque.

Lancé los papeles que todavía ardían al suelo y los apagué con el pie.

—Ahora iré a buscaros —dije.

Cuando llegué al túnel, Grafforl había desaparecido por la puerta que daba al silo donde se guardaba la astronave.

Regresé sobre mis pasos. Atravesé el cuarto donde había estado Grafforl y pasé al otro lado.

Lyssis corrió hacia mí y me miró con gesto implorante.

—Sé dónde están los otros —dijo—, pero no quería declarárselo a él…

Apreté su brazo con gesto cariñoso.

—Bien, vamos a buscarlos. Creo que ahora podremos irnos sin obstáculos. A propósito, ¿conoces alguna forma de dar un aviso

general?

—Sí, desde ahí mismo.

Lyssis señaló el lugar donde había estado Grafforl momentos antes.

—Muy bien. Vamos a emitir ese aviso. Luego nos iremos a escape. Tengo la sensación —añadí—, de que Grafforl va a purgar muy pronto sus crímenes

—¡Cómo! —exclamó Lyssis, atónita.

—No hay tiempo que perder en explicaciones —contesté—. ¡Vamos!

* * *

Diez minutos más tarde, Lyssis, Emilio, «Pecos», Iván y yo, habíamos ganado el exterior. Iván se recobraba por momentos.

—Alejémonos —dije.

Echamos a correr. Apenas habíamos cubierto un centenar de metros, vimos un punto brillante en el espacio.

El punto brillante se convirtió en una navecilla. Hicimos señas con las manos.

Rufe hizo descender el bote auxiliar y nos recogió.

—Capitán…

—Elévate en seguida y aléjate todo lo que puedas —ordené—. ¡Rápido!

Rufe obedeció sin rechistar. Mientras el bote ascendía a toda velocidad, Emilio preguntó:

—¿Por qué esas prisas, capitán?

—Esperad unos momentos —contesté.

Pasó un minuto. De pronto, vimos surgir la proa de una astronave que ascendía despacio.

—Más aprisa, Rufe —grité.

El bote adquirió su máxima velocidad. La nave se convirtió en una cosa diminuta, que ascendía hacia el cielo, impulsada por un penacho de llamas.

De pronto, las llamas perdieron su fuerza.

—¡Eh, va a caer! —gritó «Pecos».

—Sí —contesté—. Los documentos que quemé para hacer salir a Grafforl de su escondite eran los análisis del combustible, que ha

sufrido una descomposición parcial, quizá por llevar demasiado tiempo en los tanques. Por lo tanto, ha perdido su potencia impulsora y…

La nave se había elevado unos tres mil metros. Privada de sustentación, se quedó un momento inmóvil en el espacio,

Luego empezó a caer, con poca rapidez al principio, acelerando luego gradualmente.

Muchos humanos habían conseguido salir y huían a la carrera en todas direcciones. Habían sido colaboradores de Grafforl en sus inicuos experimentos.

La nave se ladeó antes de chocar contra el suelo. Cuando el impacto se produjo, se partió en dos, aunque sin romperse del todo. Una gran humareda salió por el lugar de fractura, con algunas llamas.

Luego tuvo lugar la explosión. La onda explosiva barrió el suelo en muchos kilómetros a la redonda.

—Las llamas han debido penetrar por los huecos de los ascensores —calculé—. No ha debido quedar un robot para contarlo… y pocos de los guardias de Grafforl habrán sobrevivido.

* * *

—Pero ¿cómo supo usted que Grafforl podía correr? —preguntó Emilio, ya en la seguridad de la «Miss X».

—La segunda vez que hablé con él tenía la frente cubierta de sudor —expliqué—. Confieso que luego, cuando le vi en aquel cajón, llegué a creer de veras que era sólo una cabeza, pero luego se me ocurrió hacer la prueba de los papeles encendidos.

»Escapó corriendo. Se daba cuenta de que estaba perdido y quiso huir en su astronave. No le impedí la huida; sabía que no llegaría muy lejos. Vi a uno de sus tripulantes que salía del silo con gesto preocupado y me imagino que tenía motivos para estarlo; debía de acabar de ver los análisis del combustible y fue a decírselo a Grafforl.

»Quizá Grafforl creyó que podría llegar a una cota suficiente para escapar en un bote auxiliar, pero sus cálculos fallaron. Lo demás, todos pudieron verlo como yo. Menos Richard y Matías, claro.

—De modo que usted le vio la frente sudada —dijo «Pecos».

—Sí. Una cabeza sin cuerpo no tiene por qué sudar. Sólo se suda cuando se hace algo de ejercicio… por ejemplo cuando se camina de prisa.

»Tal vez tuvo que salir después de haber sido transportado en el cajón con que engañaba a todos y se vio obligado a volver corriendo, antes de que yo llegase. Aunque eso, a fin de cuentas, es lo de menos.

—Sí, pero ahora le queda por resolver un problema, capitán —dijo Emilio en torno malicioso.

Lyssis estaba con nosotros.

—De modo que queréis saber si es un robot o es una mujer —dije.

—Tenemos esa curiosidad, si no le importa —contestó Matías en tono intrascendente.

—Sé que es una mujer, pero quiero hacer la prueba definitiva —manifesté—. «Pecos», dame una navajita o algo por el estilo.

El chico me entregó lo que le pedía. Yo me volví hacia Lyssis.

—¿Te importa? —pregunté.

—No, pero ¿cómo sabes que verdaderamente soy humana y no un robot?

Me eché a reír.

—Cuando un hombre se cambia de ropa en presencia de un robot, el robot no se vuelve de espaldas —dije.

—¡Oh! —exclamó ella, roja como una guinda.

—Bueno —comentó Matías— viendo esas mejillas, no hace falta que le pinche para ver si sale sangre, capitán. Es una mujer.

Tomé su mano.

—Cuando me diste la llave, tus dedos estaban helados.

—Era otro de los robots con mi figura —explicó ella.

—Y, al construirlos, parece ser que algunas de tus buenas cualidades les fueron traspasadas —comenté.

—Según qué entiendas tú por buenas cualidades —dijo Lyssis.

—Una de ellas, resistirte a los deseos de Grafforl.

—De no haber venido vosotros, hubiera terminado por ceder —declaró Lyssis—. Me tenía prisionera. Necesitaba una psiquíatra… y quizás eso fue lo que me salvó la vida.

—¿Colaboraste con él en anteriores experimentos?

—Éste era el primero —explicó—. Se me ofreció un buen contrato y acepté. Nunca imaginé que pudiera llegar a un lugar semejante.

—Así que psiquíatra, ¿eh? —dijo Rufe con sorna—. Lyssis, usted tiene en sus manos el remedio para curar la chifladura del capitán.

Ella se sonrojó vivamente.

—Y nosotros —se lamentó Iván, que parecía ya curado—, nos hemos quedado sin las chicas.

—Eran máquinas. Olvida a tu Nera y ocúpate de buscar una de carne y hueso cuando lleguemos al primer espaciopuerto.

Agarré la mano de Lyssis.

—Tenemos que hablar —dije.

Ella me siguió sin rechistar. En la soledad de mi cámara, puse las manos sobre su talle.

—Esta vez no protestas —sonreí.

Ella movió la cabeza.

—Aquella Lyssis era un robot recién fabricado. Faltaban algunos detalles de su acabado —explicó.

—Pero... tú y yo es la primera vez que nos vemos. Siempre que hablé, lo hice con tus dobles.

Lyssis sonrió con malicia.

—«Ellas» me lo contaban todo. Estaban provistas también de grabadoras de imágenes. Te conocía perfectamente, como si hubiésemos estado juntos en todas las anteriores ocasiones.

Lancé un profundo suspiro.

—He conocido bodas por poderes, pero es la primera vez que veo que alguien se enamora por delegación —comenté.

—¿Te disgusta? —preguntó ella.

La atraje hacia mi pecho.

—No, en absoluto —respondí.

Durante unos minutos, guardamos silencio. Cuando un hombre y una mujer, enamorados, callan, de ordinario es que tienen los labios juntos.

Una voz sonó de pronto en la cámara.

—¡Capitán Carrados! —llamó Iván—. ¿Cuál es el rumbo que debemos seguir?

—¿El rumbo...? ¡Ah, sí! ¡Pon rumbo hacia la primera iglesia que encontremos en el camino! —contesté mirando a Lyssis.

Ella asintió en silencio.

—Y, otra cosa —agregué—. Mientras volamos por el espacio, necesito un par de voluntarios para salir afuera con un par de botes de pintura espacial. Hay que cambiar el nombre de la astronave.

—¿Qué nombre le va a poner, capitán?

—La X sobra; ya no es incógnita,

—Entiendo. Se llamará «Lyssis», ¿no es así?

—Justamente —contesté, inclinándome de nuevo hacia Lyssis.

Ahora sabía que sus labios eran femeninos, no unos labios artificiales.

FIN